



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE PEDAGOGÍA

**LA LABOR MISIONERA JESUÍTICA DEL NOROESTE NOVOHISPANO:
OTRA FORMA DE EDUCAR**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN PEDAGOGÍA

PRESENTA
ALEJANDRA MASTACHE ROJAS

ASESORA:
MTRA. GEORGINA RAMÍREZ HERNÁNDEZ

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX

2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Le quiero agradecer:

A Dios, por concederme vivir la experiencia de mi titulación, por guiarme a lo largo de mi camino personal y profesional y darme absolutamente todo lo que tengo.

A mi mamá María Antonieta, mi papá Jorge Alejandro, mi hermana Viviana y mi abuelita María Antonieta por siempre estar al pendiente de mí, por alentarme a seguir adelante y supervisar con amor y paciencia, la creación y la redacción de este trabajo. Esta tesis va dedicada a ustedes, son mi motor para continuar soñando con cambiar el mundo. Los amo.

A mi asesora de tesis, la Mtra. Georgina Ramírez Hernández, por confiar en mí y ayudarme a convertir una simple idea de tesis en mi mayor logro académico. Gracias por tu amistad, tus consejos, tus correcciones y tus ánimos.

A mis sinodales, la Dra. Clara Isabel Carpy Navarro, el Lic. Alejandro Rojo Ustaritz, la Mtra. Claudia Lugo Vázquez y el Mtro. Joaquín Santana Vela por contribuir al mejoramiento de esta tesis con sus consejos y sugerencias.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, por formar profesionalmente mi mente y mi carácter, para contribuir al menos con un “granito de arena” al mejoramiento del país en el que vivimos.

Índice

Introducción	1
Referentes teóricos y metodológicos	7
Estado del conocimiento.....	15
Capítulo 1. El sistema misional jesuítico	21
1.1 Antecedentes de la misión jesuítica en Nueva España	21
1.2 Estructura y características de la misión jesuítica	25
1.3 La figura del misionero jesuita y su participación en el espacio informal	35
Capítulo 2. Adoctrinamiento jesuítico. De la teoría a la práctica	43
2.1 Los ejercicios espirituales: la estrategia jesuítica de las actividades misionales ..	44
2.2 Nociones, misas, procesiones y oraciones como medios educativos	50
Capítulo 3. Una comunidad moral: hacia la transformación social	69
3.1 Aplicación de sacramentos para la formación de un comportamiento moral.....	70
3.2 La edificación de Iglesias y su participación	78
3.3 Celebración de las fiestas cristianas	85
Capítulo 4. Una nueva socialización	91
4.1 Formas de enseñanza español-indio e indio-indio.....	92
4.2 Papel de los personajes destacados en el proceso educativo de la convivencia cotidiana.....	94
4.3 Grados de apropiación de nuevas costumbres (físicos, mentales y afectivos)	97
Conclusiones.....	107
Fuentes consultadas.....	113
Anexo 1	117

Introducción.

Desde la antigüedad hasta la actualidad, los movimientos religiosos han sido cruciales para la conformación de un pueblo. El poder de la religión ejercido desde diversas aristas la ha posicionado como una manifestación típica de la cultura, la cual por medio de la organización de creencias y reglamentaciones morales demanda y genera cierto modo de comportamiento, que da al ser humano un sentido de identidad y pertenencia a un contexto social en específico.

La religión vista como tema educativo puede dar mucho de qué hablar a pesar de que hoy en día, a causa de la laicidad, en la mayoría de las escuelas del país no se le destina tiempo a contenidos de esta índole; incluso llega a parecer que los conocimientos sobre religión van en un sentido opuesto a aquellos conocimientos considerados pertinentes por su contribución a la formación y educación del individuo en México.

En mi opinión, la función educativa de la religión está inmersa en un ámbito mucho más amplio que rebasa los procesos educativos estimulados por la escuela y se integra con aquéllos que se experimentan fuera de ella, de forma que la religión juega un papel latente en la educación y construcción del individuo, la percepción de sí mismo, su contexto y la sociedad.

Todos, por el simple hecho de ser humanos estamos inmersos en la incidencia espiritual, moral y educativa de la religión, en la mayoría de los casos sin estar conscientes de ello. Por ejemplo, recuerdo que un día en la clase de “Historia de la cultura” en mi último año de preparatoria, se discutió sobre la relevancia que le atribuíamos a la religión en nuestras

vidas; la profesora dedicada a esa materia comenzó la discusión haciendo la famosa pregunta -¿Ustedes creen en Dios? No fue sorpresa que después de un silencio fugaz pero incómodo, de un salón con 50 alumnos, sólo tres pudimos afirmar nuestra creencia en Dios. Algunos respondieron negativamente con justificaciones de rechazo a lo sobrenatural y las ideologías impuestas por la Iglesia, mientras los que representábamos la minoría simplemente escuchábamos los puntos de vista de los demás sin refutar o contradecir ningún comentario. Debido al pequeño número de creyentes en el salón, la profesora quiso escuchar lo que los creyentes en Dios teníamos que decir, así que comenzó preguntándome el por qué de mi respuesta afirmativa. Además de la presión que sentía en ese momento por las miradas y el silencio expectante de mis compañeros, por más que pensé en una respuesta real, honesta y concisa no venía nada a mi mente a lo que respondí desilusionadamente con un “no sé”. Para la sorpresa de todos, la profesora dijo que esa era la respuesta esperada ya que desde su perspectiva, la fe es un sentimiento abstracto en el que sólo se confía y se cree, por lo tanto se siente y no se explica.

Mi creencia en Dios se la atribuyo a mi educación familiar, las prácticas religiosas que fui precisada a hacer en la infancia y aún en la adolescencia formaron parte de mi identidad y mis actitudes hacia ciertas situaciones de mi actual juventud; además, me han hecho entender que la importancia que le otorguemos a la religión depende de la regularidad con que la practiquemos. En consecuencia y sin afán de generalizar, considero que el primer acercamiento del individuo a la religión se da a través de medios informales, por lo que al hablar de religión desde su enfoque educativo es preciso dar razón de lo importantes que resultan ser los ámbitos y las prácticas educativas informales durante la formación del ser

humano, hecho valioso e interesante para los pedagogos quienes parecemos hoy día estar cautivos en la institucionalización y certificación de la educación.

Sin más preámbulos, reconozco que gracias a esta experiencia me surgió la curiosidad sobre la influencia que tiene la religión en el individuo a través de su educación informal; de manera que para ahondar en el tema me resulta interesante investigar cómo influyó ésta en el pasado de la sociedad, para que por medio de la reconstrucción del mismo me ayude a encontrar una relación con lo que se vive actualmente. Por razones históricas, notablemente educativas y contextualmente religiosas, mi estudio se centra en la primera mitad del siglo XVII durante la época colonial de la Nueva España; periodo caracterizado por el destacado papel que tuvieron las órdenes religiosas en la educación de los pobladores del territorio.

Al hablar de la Nueva España cabe tener presente que fue un territorio conquistado de gran extensión. A partir de la llegada de las primeras órdenes mendicantes (franciscanos dominicos y agustinos) se comenzó el proceso de evangelización mayoritariamente en la zona central -hoy Ciudad de México- con esmero, devoción y sobre todo preocupación por extender el mensaje evangélico a todos los lugares del territorio novohispano. Sin embargo, por falta de recursos, la hostilidad de los indios, el desconocimiento de la profundidad del contexto, entre otros factores, estas órdenes mendicantes, en 48 años lo más que pudieron extenderse fue hacia el norte donde hoy día están los estados de Nayarit, San Luis Potosí y Tamaulipas y algunas zonas al sur donde se encuentran Oaxaca, Chiapas y Tabasco.

Casi medio siglo después del inicio de la evangelización, arribó a la Nueva España la orden de la Compañía de Jesús quienes al traer un espíritu contrarreformista y preocupaciones propias, se encargaron de la educación y robustecimiento espiritual de la sociedad criolla e

indígena. Los jesuitas, en su labor evangelizadora fueron capaces de entender las dificultades y los retos del contexto colonial de tal manera que adoptaron medios educativos propios, formales e informales para lograr la adhesión y apropiación de la doctrina cristiana en la población.

Si bien sus logros en el campo de la educación formal fueron impresionantes y su propuesta pedagógica trascendental para la Historia de la Educación, en esta investigación me enfoqué en su participación en la educación informal priorizando las misiones en la zona del noroeste de la Nueva España, cuya importancia radica en el intento por la conversión cristiana de los indios paganos en las zonas más remotas e inhóspitas de todo el territorio.

A partir del siglo XVII, las misiones jesuíticas tomaron como escenario principal el noroeste del territorio novohispano, lo que es Sonora, Sinaloa, Durango, Baja California, Baja California Sur y parte de Nuevo León y Zacatecas actualmente; es fundamental denotar que esta zona no había sido habitada antes por otros padres evangelizadores y mucho menos tenía los lujos, las facilidades, ni el mismo número de habitantes con los que la popular ciudad de la Nueva España contaba.

La importancia de desviar la mirada del centro del territorio hacia el disperso e imponente noroeste novohispano, nos invita a explorar la periferia del territorio lejos de las escuelas e iglesias; considerar la variedad de recursos naturales y la riqueza de costumbres típicas de los habitantes de la zona; visualizar los retos que enfrentaron los jesuitas al querer ordenar y evangelizar a la población y sobre todo conocer cómo aprovecharon educativa, política, social y económicamente el noroeste para cumplir con su ministerio. Por ejemplo, no se

puede dejar de lado el descubrimiento de minas que causó la ocupación española en esa zona y el reconocimiento económico de la corona.

El noroeste novohispano, desde mi punto de vista, representa un espacio el cual debe ser estudiado independientemente de las zonas conocidas y populares de la Nueva España. Su particular geografía contribuye a notar la creatividad, perseverancia y excelencia espiritual de los jesuitas en el ministerio misionero con el que transmitieron deseosamente el conocimiento de Dios. Por lo que la conquista espiritual y territorial de dicha zona, arraigó la hegemonía de la corona española uniendo la periferia con el centro bajo un mismo mensaje evangélico y una reordenación social que favoreció a la expansión colonial. Gracias a todos los estudios realizados de diversos autores, es bien sabido que los jesuitas fueron educadores excepcionales de la élite social en la Nueva España además de dedicarse a la educación de la demás parte de la población en diferentes zonas del territorio.

Si la Compañía de Jesús se destacó por su devoción religiosa y su habilidad educadora en territorio novohispano, parto de la hipótesis que así como implementaron la *Ratio Atque Institutio Studiorum Societatis Iesu*¹ en sus escuelas, en las misiones del noroeste implementaron otras actividades bajo el uso de técnicas y recursos más sutiles e improvisados con los que se intentaba adoctrinar y educar a los indios a fin de cumplir los objetivos ecuménicos.

¹ La *Ratio Studiorum* fue publicada en 1599 y es el documento que establece y redacta el sistema de enseñanza y educación formal de la Compañía de Jesús. Todas las escuelas de los jesuitas establecidas en la Nueva España se regían bajo su normatividad.

En lo personal, imagino a las misiones del noroeste novohispano como “una aventura [jesuítica] que era otro modo de educar”,² por lo que me pregunto: ¿Cómo llevaron a cabo los misioneros jesuitas un proceso educativo informal en el noroeste novohispano durante el siglo XVII?, ¿Cómo fue la evangelización de los indios en el escenario de su vida cotidiana?, ¿Cuáles fueron las temáticas de la doctrina jesuítica más populares según las condiciones (ambientales y sociales) del noroeste?, ¿Cuáles fueron las prácticas informales cotidianas que favorecieron la apropiación indígena de los conceptos de la fe católica? y ¿Cómo influyeron los instrumentos religiosos en los indígenas según su edad?

Con lo anteriormente establecido, por medio de este trabajo pretendo responder a los cuestionamientos anteriores así como: analizar desde el medio informal la estrategia educativa del sistema misional jesuítico en la primera mitad del siglo XVII; contemplar las actividades cotidianas de la sociedad del noroeste de la Nueva España como transmisión y arraigo de su pensamiento religioso; identificar las situaciones educativas de la misión jesuítica, que marcaron en la sociedad novohispana, un cambio de costumbres reflejando su conversión al cristianismo y finalmente, sintetizar la forma en que los jesuitas forjaron en la vida cotidiana del noroeste novohispano, sentimientos y emociones característicos de los cristianos para el arraigo de la identidad católica.

De igual forma espero contribuir a mi profesión con un trabajo de investigación que aborde temáticas y perspectivas no tomadas en cuenta comúnmente e incentive en mis colegas la reflexión sobre la importancia de la educación informal, así como la sensibilización en las

² Gómez Padilla, Gabriel, “Las misiones del Noroeste. Otra visión de la educación jesuítica”, *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, n°1-2, vol. XXXVI, 2006, p. 51.

personas externas al gremio de la Pedagogía sobre el hecho de que la acción profesional del pedagogo va más allá de la docencia y los acontecimientos del aula escolar.

Es necesario destacar que a lo largo del análisis, hago alusión a ciertos conceptos pedagógicos que en la primera mitad del siglo XVII no eran considerados como tales. Si bien en esa época no se abordan las misiones ni las acciones de los misioneros con términos didácticos, para dar respuesta a mis preguntas de investigación y cumplir con sus objetivos, se analiza lo sucedido desde una perspectiva educativa actual. Así pues, por fines de análisis, la misión jesuítica es tomada por una estrategia educativa con la que los misioneros a través de diversas técnicas didácticas, buscaron la optimización del proceso de enseñanza-aprendizaje en los indios. Después de todo, se busca captar riqueza educativa en la evangelización de los pueblos del noroeste.

Referentes teóricos y metodológicos.

Ahora bien, a partir de lo expuesto anteriormente es pertinente ubicar autores y conceptos esenciales que sustenten teóricamente mi trabajo y me ayuden a interpretar y articular el contenido con mi planteamiento del problema. Puesto que las misiones fueron un ministerio fundamental de los jesuitas para la enseñanza de la doctrina cristiana donde llevaron a cabo prácticas religiosas, sería imposible no contemplar una idea de religión que me permita un acercamiento a ese medio religioso.

En primer lugar, ubiqué a Émile Durkheim cuyo enfoque sociológico resulta ser el indicado en la investigación para comprender el impacto social e individual que causa el acto religioso. Define a la religión como “un sistema solidario de creencias y de prácticas relativas a las cosas sagradas que unen en una misma comunidad moral, llamada Iglesia, a

todos aquellos que se adhieren a ellas”.³ Este autor asegura que la religión tiene un carácter práctico que debe ir estrechamente ligado al pensamiento; esto representa la dicotomía que existe entre lo que se cree y lo que se hace conforme a esa creencia cimentando la idea de que todo fenómeno religioso repercute en el pensamiento a través de la fe y el comportamiento a través del culto, de manera que la religión se convierte en un aspecto fundamental de la vida.

También hace referencia a la base de toda organización religiosa, la cual está dividida en dos ámbitos: lo sagrado y lo profano. Éstos se consideran dos mundos entre los cuales no hay nada en común, todo lo que es sagrado es digno de veneración y superioridad, mientras que todo lo que es profano se considera mundano e irreverente, ya que según Durkheim “algo es sagrado porque inspira un sentimiento colectivo de respeto que lo pone fuera del alcance profano”.⁴ Por último quiero destacar que a partir de esta definición, más que fijar la importancia en la existencia de una institución como la Iglesia, sustento la relevancia de la sociedad como un grupo con intereses, aspiraciones y objetivos en común. Esto originará que todos aquéllos que se adhieren a ellos formen nuevos vínculos sociales y propicien el seguimiento de reglas morales para el fortalecimiento de esa fe, la misma que estrecha lazos entre el individuo y su colectividad.

A su vez, el abordaje de la religión se percibe desde la teoría Animista que “tiene por objeto a los seres espirituales, los espíritus, las almas, genios, demonios, divinidades propiamente dichas”.⁵ En esta teoría, “la noción de alma es una aplicación particular de las creencias

³ Durkheim, Émile, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza, 2014, p. 42.

⁴ *Ibid* p. 249.

⁵ *Ibid* p. 43.

relacionadas con los seres sagrados”⁶ considerada como el principio de acción de los fenómenos vitales. Desde la religión católica, el alma es sagrada y digna de ejercicio espiritual para cosechar frutos mientras que el cuerpo físico es profano y debe de ser educado para no caer en tentaciones y alcanzar la salvación del alma. La aplicación de esta teoría se aprecia en las misiones jesuíticas, donde la salvación del alma y la inculcación de valores espirituales para el crecimiento de la persona en relación con Dios eran los propósitos perseguidos.

Tomando en cuenta el hecho de que las misiones jesuíticas del noroeste fungieron como la labor extraescolar principal para la enseñanza de la doctrina cristiana y la salvación de las almas, considero pertinente tomar por segundo eje conceptual el de vida cotidiana. Agnes Heller en su libro *Sociología de la vida cotidiana* parte de un concepto abstracto de vida cotidiana, la define como el “conjunto de actividades que caracterizan la producción de los hombres particulares, los cuales a su vez, crean la posibilidad de reproducción social”.⁷ Para entender la vida cotidiana de Agnes Heller desde una perspectiva educativa, es necesario partir de los siguientes conceptos claves: hombre particular y reproducción.

Heller llama hombre particular al individuo que nace y se desenvuelve en condiciones sociales ya dadas, o en términos más generales, en un mundo ya constituido denominado mundo concreto. Es particular, porque “cada hombre viene al mundo con determinadas cualidades, actitudes y dificultades que le son propias”,⁸ con las cuales pretende crear facultades y disposiciones necesarias para satisfacer la demanda en los usos y costumbres de ese mundo concreto y así arraigar su paso por el mismo.

⁶ *Ibid* p. 245.

⁷ Heller, Agnes, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, 2002, p. 37.

⁸ *Ibid* p. 35.

La reproducción es considerada como la capacidad de apropiación del hombre particular de las cosas del mundo concreto; involucra la habilidad del individuo para realizar hasta dominar ciertas prácticas o actividades que lo lleven continuamente a aprender a manejar las cosas del mundo, mismas que al mismo tiempo lo manejan a él.

En este sentido, Agnes Heller consideraría otro concepto clave: la objetivación. Cuando se dice que el hombre particular se objetiva en la vida cotidiana, significa que éste aprende de las actividades cotidianas del mundo concreto que se presentan exteriores a él y, a su manera, se apropia de ellas formando así su ambiente o mundo inmediato.⁹ Además, cabe destacar que dicha objetivación surge mediante el proceso de socialización.

De forma que, para esta investigación, se entiende a la vida cotidiana como el escenario de actividades rutinarias con las que el hombre particular aprende a apropiarse de las condiciones y expectativas del mundo concreto; en dicho escenario fue donde los indígenas objetivaron y formaron su mundo interior, exteriorizando a la vez, sus capacidades, experiencias, afectos y modos de comportamiento a partir de los estímulos misioneros mediante las actividades cotidianas.

Por último, sería imposible alcanzar los objetivos de esta investigación sin considerar la noción de educación, que en esta ocasión se centra en el ámbito informal. En lo personal, con todo lo anteriormente escrito me identifiqué con la idea del pedagogo Jaume Trilla quien declara que “el individuo se educa informalmente a través de lo que hace y lo que vive, de su actividad cotidiana, de sus experiencias directas”;¹⁰ a pesar de que este autor no define como tal a la educación informal asegura que ésta “representa el lado oscuro del universo

⁹ Cfr. Heller, Agnes, *Op. Cit.*, 2002, p. 24.

¹⁰ Trilla i Berner, Jaume, *La educación informal*, Barcelona, Promociones y publicaciones universitarias, 1986, p. 99.

de la educación; es aquel sector en el que la Pedagogía, en un momento dado de su desarrollo, resulta ciega”.¹¹ Esta cita sirve como referencia para reconocer la falta de una definición clara y delimitada de educación informal debido al vago reconocimiento de esta modalidad causado por la falta de estudio pedagógico; ya que al parecer casi todas las miradas de este último se han dirigido al ámbito formal.

Consciente de este problema, el doctor en Ciencias de la Educación, Abraham Paín, con su libro *Educación informal: el potencial educativo de las situaciones cotidianas* propone considerar a la acción educativa informal como acción global de la sociedad. La característica que Paín le atribuye a la educación informal refiere a la influencia que tiene el entorno sobre el individuo y cómo lo cotidiano representa un espacio para el desarrollo de la educación informal. Para él “los aprendizajes informales son los transmitidos por las estructuras en las cuales los individuos viven y actúan (familia, grupo de pares, asociaciones voluntarias en sentido amplio) y la sociedad global por medio de sus subsistemas (producción, comunicación, consumo)”.¹²

Otro autor, llamado Toni Cuadrado quien a pesar de ser especialista en Comunicación, aborda una base teórica acerca del agente educativo informal en la sociedad actual en su libro *La enseñanza que no se ve: educación informal en el siglo XXI*. En éste, Cuadrado sigue la línea de Paín al plantear que el medio y las situaciones cotidianas tienen un alto potencial educativo; por lo que la educación informal no se reduce únicamente a la acción

¹¹ *Ibid* p. 211.

¹² Paín, Abraham, *Educación informal: el potencial educativo de las situaciones cotidianas*, Buenos Aires, Nueva visión, 1992, p. 117.

de instituciones educativas sino que “sucede en un entorno mucho más amplio y complejo”.¹³

Como se puede notar hasta ahora, los tres autores citados anteriormente no han sido precisos a la hora de definir a la educación informal, sin embargo cabe denotar que han sido constantes con la participación activa del individuo en su vida cotidiana; además tanto Paín como Cuadrado han concordado que la noción de educación informal más completa y acertada es la de Philip Coombs, la misma en la que basaron sus investigaciones y que recuperé para esta investigación. La educación informal “es el proceso a lo largo de la vida, en el cual cada persona adquiere y acumula conocimientos, habilidades, actitudes y percepciones de las experiencias cotidianas y de la exposición al entorno”.¹⁴

Con estas definiciones se justifica la atención puesta en el ambiente cotidiano del noroeste novohispano como escenario educativo, donde los misioneros –aunque en condiciones extremas para ellos- contribuyeron con actividades continuas y significativas el proceso educativo de los indios. Éstos, al experimentar cambios en su entorno, se obligaron a aprender las ideas del catolicismo por medio de sus experiencias directas en las situaciones cotidianas y la interacción con misioneros, familiares y amigos. Además, los misioneros trataron de potenciar educativamente las situaciones cotidianas para transmitir los conocimientos, las habilidades y las actitudes requeridos de la Iglesia católica.

Es por eso que, en esta investigación se consideraron tres ejes de estudio que favorecen su análisis: el adoctrinamiento, la comunidad moral y el proceso de socialización. El primero es relevante por tratarse del proceso cuyo objetivo es la transmisión de una doctrina, en este

¹³ Cuadrado Esclapez, Toni, *La enseñanza que no se ve: educación informal en el siglo XXI*, Madrid, Marcea, 2008, p. 18.

¹⁴ Paín, Abraham, *Op. Cit.*, 1992, p. 107.

caso la doctrina jesuítica; entendiendo la propuesta teórica-práctica con la cual los misioneros jesuitas buscaron transmitir e inculcar la religión católica, surge la oportunidad de describir las actividades cotidianas puestas en marcha para cambiar las costumbres indígenas del noroeste.

La consideración de una comunidad moral abre camino a la exploración de la formación de nuevos vínculos sociales bajo un marco solidario de creencias y reglas, situación experimentada por misioneros e indígenas para unirse en busca de los mismos objetivos de convivencia dentro de la nueva cosmovisión. Por ende, el proceso de socialización se vuelve fundamental para comprender cómo influyó ese adoctrinamiento a través de la educación informal de los indígenas; si bien la educación informal es muy amplia, en este trabajo se toma en cuenta la influencia que tuvo el entorno colonial sobre las formas de interacción entre misioneros e indígenas, pues fue ese intercambio de información cognitiva y práctica el que originó aprendizajes significativos en la sociedad novohispana.

Por otra parte, el enfoque desde donde pretendo estudiar este tema parte de la disciplina histórica. En esta investigación, la historia se aborda desde la definición del historiador Enrique Florescano quien dice que “la historia es el estudio del cambio de los individuos y las sociedades en el tiempo”.¹⁵ En este caso se denota la función ideológica de dicho estudio, donde lo que interesa no es estudiar el cambio en sí mismo, sino la forma en que se produjo ese cambio. Es decir, este trabajo penetra en el estudio de lo cotidiano y se centra en el modo de vida y la participación de la sociedad en su individualidad y su colectividad, más allá de los grandes acontecimientos sociales.

¹⁵ Florescano, Enrique, *La función social de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 29.

Partiendo de lo anterior, se considera particularmente la historia de la vida cotidiana, un campo relativamente nuevo donde al historiar se observan las relaciones sociales, actitudes colectivas, mentalidades y demás situaciones que indudablemente tocan cuestiones de la vida cotidiana. “Sirve para comprender causas y consecuencias de decisiones individuales o colectivas, respuestas de adaptación y resistencia, dentro de los niveles personal y social”.¹⁶ Para Agnes Heller, “la vida cotidiana no está fuera de la historia sino en el centro del acontecer histórico”;¹⁷ este nexo que Heller hace de la vida cotidiana y la historia, representa la importancia de fijar la mirada en el estudio histórico de los sutiles cambios que surgen al momento de que el individuo vive día con día.

Pilar Gonzalbo afirma que “el hombre participa en la vida cotidiana con todos los aspectos de su individualidad, pone en obra todos sus sentidos, todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, pasiones, ideas e ideologías”.¹⁸ Por lo que al momento de la indagación histórica de la vida cotidiana, el estudio de las circunstancias y de los individuos resulta ser un desafío.

La amplitud de temas integrados en la vida cotidiana da pie a numerosas formas y estilos de recabar diversos tipos de fuentes cuyo testimonio logre acercarnos a lo cotidiano. La búsqueda de fuentes es pues, parte fundamental de la metodología de esta investigación. Ya el historiador Luis González denota la importancia de dos aspectos que conlleva el oficio de historiar, estos son: la mención y tratamiento de fuentes originales de conocimiento histórico y el papel interpretativo de las fuentes por parte del historiador.

¹⁶ Gonzalbo Aizpuru, Pilar, *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, México, Colegio de México, 2009, p. 31.

¹⁷ Heller, Agnes, *Historia y vida cotidiana: aportación a la sociología socialista*, México, Grijalbo, 1972 p.42.

¹⁸ *Ibid* p. 39.

Las fuentes originales, también entendidas como fuentes primarias (o de primera mano), tienen la característica de servir como el testimonio más cercano a la práctica del hombre, por lo que su consideración en la investigación histórica ayuda a reconstruir directamente las acciones humanas y fenómenos de la época que se estudien. La consideración e interpretación de fuentes primarias es importante para cualquier tipo de investigación histórica. En caso de la Historia de la educación, los pedagogos profundizaríamos más en el estudio de la educación y la Pedagogía si elegimos aquellas fuentes cuyo contenido nos permita enterarnos confiablemente de los hechos relevantes del pasado a la vez de ubicarnos en el plano existente del momento y el marco de lo cotidiano.

Es por lo anterior que para el desarrollo de esta investigación se consideró como primera fuente la *Historia de los Triunfos de nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo Orbe* de Andrés Pérez de Ribas.¹⁹ Gracias al carácter histórico-misional de la fuente, pueden leerse narraciones de la vida cotidiana de los indios y los cambios que trajo consigo su evangelización; también da a conocer los alcances de las misiones jesuíticas. Esto facilita la interpretación de las misiones y del contexto de los indios del noroeste, así que se recurre a ella a lo largo de la investigación.

Estado del conocimiento.

La indagación de textos relacionados al estudio o la crítica de *la Historia de los Triunfos* de Pérez de Ribas forma parte de mi estado del conocimiento con el que pude esclarecer las características de esta fuente y con ello proponer la mejor forma de estudiarla.

¹⁹Sacerdote jesuita español (1576-1655), misionero durante 16 años entre los indios de Sinaloa, Sonora y Chihuahua y considerado el primer historiador del noroeste novohispano.

En general, la *Historia de los Triunfos* ha sido contemplada y estudiada principalmente por historiadores, etno-historiadores y antropólogos, mexicanos y extranjeros, por ser un texto que contiene datos sobre el espacio geográfico del noroeste novohispano y el primer contacto de los evangelizadores con los indios. Sus líneas de estudio son principalmente históricas y etnográficas, caracterizadas por aportar información histórica y cultural con distintas temáticas centradas en los grupos indígenas de la época, a través de diversos estilos de indagación.

Tal es el caso de Susan Deeds, Aarón Grageda Bustamente, Diana B. Gennant Jost, Elisa I. Coronel Higuera, Salvador Bernabéu y Bernd Hausberger quienes con sus investigaciones aportan valor historiográfico a la fuente, algunos con análisis sobre las costumbres y las características de los indígenas de la zona y otros con estudios centrados en el papel humano de los misioneros y su vida en las misiones.

Por otro lado, cabe destacar la existencia de textos cuyos análisis pertenecen a la línea literaria, ya que por ser un discurso retórico y hagiógrafo²⁰ con metáforas y lenguaje sofisticado, la *Historia* de Pérez de Ribas fue interpretada por los autores Daniel T. Reff, Guy Rozat Dupeyrón²¹ y Mónica P. Acosta Carillo. Reiteran que la *Historia* de Pérez de Ribas es una fuente primordial para el estudio de la historia novohispana y la evangelización de los indios, pero la mayor aportación de sus investigaciones fue la aclaración de que esta fuente es un instrumento literario con gran carga simbólica, aunque

²⁰ Este estilo es característico de los textos religiosos, Pérez de Ribas en la *Historia* tiende a citar la Biblia muy a menudo.

²¹ Citado en González Núñez, José, “Pérez de Ribas, una recapitulación analítica más allá de interpretaciones anacrónicas” http://historia.uasnet.mx/rev_clio/Revista_clio/Revista21/10_Perez_Gonzalez.pdf (Consultado 14 de abril del 2016).

cuenta con extraordinaria información sobre los habitantes indígenas no deja de ser una historia contada únicamente desde la perspectiva de su autor.

Hasta ahora los diversos análisis de la *Historia* de Pérez de Ribas muestran la oportunidad de aproximación con la época y la sociedad del noroeste novohispano por medio de relatos sobre la actividad diaria de misioneros de la Compañía de Jesús y su encuentro con los indios. Sin embargo, no existen aún trabajos de investigación educativa donde se utilice esta fuente, el único texto que se aproxima a una visión histórica del campo educativo de esas misiones, es el de Gabriel Gómez Padilla, *Las misiones del Noroeste. Otra visión de la educación jesuítica*, donde desde su perspectiva histórica concluye que los misioneros llegaron al noroeste para encargarse de la educación de la sociedad novohispana durante la conversión de los indios.

Otra parte de mi estado del conocimiento se dio a partir de la indagación realizada sobre lo que se ha escrito en cuanto a la educación en la Nueva España, considerando si se han abordado las misiones como movimiento educativo y en particular, si se ha estudiado a la Compañía de Jesús en este ámbito.

Algunos textos consultados son investigaciones históriográficas, destacadas por analizar los aspectos geográficos, sociales, políticos y educativos de la sociedad durante la época virreinal de la Nueva España. Por ejemplo, *La conquista espiritual de México* de Robert Ricard y *La Ilustración y la Educación de la Nueva España* de Dorothy Tanck de Estrada contribuyen a la Historia de la educación con la descripción de métodos educativos utilizados por las órdenes mendicantes y el papel de diversos agentes educativos del

virreinato que marcaron un antes y un después en la urbanización e instrucción de los novohispanos.

La historiadora Pilar Gonzalbo Aizpuru es posiblemente la autora más recurrida en estudios históricos y educativos si del México colonial se trata. En todas sus investigaciones analiza y cuestiona los acontecimientos históricos y educativos que incidieron en la época novohispana especialmente a través de la consideración de escenas cotidianas, tal es el caso de *Educación, familia y vida cotidiana en la Nueva España*, *Historia de la educación en la época colonial* y *La educación de los criollos y la vida urbana* y *Educación y Colonización en la Nueva España*.

Aunque estos textos tratan ampliamente los diversos métodos de enseñanza implementados en criollos e indios a través de las instituciones de educación formal en la Nueva España, conviene resaltar que *La educación popular de los jesuitas* es la obra más afín a este tema de investigación por aportar descripciones sobre los medios educativos informales a través de los cuales, los jesuitas pretendían educar fuera de sus colegios a la “masa popular” de la Nueva España.

A pesar de la gran información historiográfica existente en la actualidad sobre el papel educativo, social y dogmático de los jesuitas en el territorio de la Nueva España desde su llegada hasta su expulsión, son pocos los textos que tratan la información combinando el estudio histórico con líneas de investigación educativa. Destaco la tesis filosófica de Georgina Pacheco García quien aporta la incidencia del paradigma educativo humanista-renacentista en la enseñanza de los dogmas de la fe católica según los jesuitas.

No obstante, como pedagoga tenía que considerar algún texto derivado de la disciplina pedagógica que hablara de la educación (preferentemente informal) de los jesuitas en territorio novohispano. La pedagoga Citlali Cárdenas Martínez en *La política educativa jesuita en la capital de la Nueva España durante los años 1572-1767* analiza las líneas de acción educativa implementadas por los jesuitas durante su estancia en el territorio. Si bien ahonda en las formas de educación de toda la sociedad novohispana a lo largo de los tres siglos, su análisis toca fugaz y superficialmente a la educación informal.

Considero entonces, tener la oportunidad de contribuir a mi profesión con un trabajo de investigación que apoyado en los textos anteriormente descritos, analice los procesos cotidianos de las misiones jesuíticas desde una perspectiva de educación enteramente informal debido a que hasta ahora no contamos con suficientes estudios pedagógicos que centren su análisis en la educación informal de la sociedad novohispana ni en el territorio del noroeste.

Es por esto que por medio de mi trabajo de investigación, pretendo abrir camino al análisis de la crónica de Pérez de Ribas desde el enfoque educativo. Si bien será difícil empezar un estudio pedagógico de la época y el contexto por lo poco que se ha dicho sobre educación de las misiones jesuíticas del noroeste, es una gran oportunidad para salir de los estudios ordinarios y en su lugar reflexionar en torno a los procesos educativos que experimentaron los indios para su adhesión y apropiación del movimiento evangélico.

Considerando todo lo anterior, esta investigación está dividida en cuatro capítulos que permiten analizar la labor misionera desde su contexto histórico hasta las particularidades

de su acción educativa y así comprender qué tanto de los ideales, características y actividades jesuíticas lograron transmitirse realmente al seno individual y colectivo de la sociedad novohispana.

En el primer capítulo se esboza el contexto previo a la llegada de los misioneros de la Compañía de Jesús declarando el por qué de su llegada al territorio novohispano, se proporciona información esencial sobre las ordenaciones y características de la misión jesuítica, también se percibe el rol del misionero y cómo era, en primera instancia, su actuación dentro de ámbito informal educativo. El segundo capítulo describe la base teórico-espiritual típica de los jesuitas, el cómo y el por qué de su traslado práctico a través de las actividades implementadas para la evangelización de los indios y el análisis de las mismas que reafirma su pertenencia al ámbito de educación informal. En el tercer capítulo se abordan los medios que favorecieron la regulación y permanencia de actividades cristianas y principios morales, también se explica el desenvolvimiento del culto cristiano en relación a la enseñanza de la doctrina cristiana y el nuevo funcionamiento social concerniente a lo solemne y lo festivo de los pueblos cristianos. Finalmente, el último capítulo profundiza pedagógicamente en el nuevo funcionamiento social entre indios y españoles explicando cómo su interacción favoreció a la educación informal, igualmente se destacan los nuevos roles de los indios gracias a la asimilación de la doctrina cristiana y se resume el cómo se pretendió lograr el arraigo integral de la religión católica en el noroeste novohispano.

Capítulo 1. El sistema misional jesuítico.

La Compañía de Jesús es una orden religiosa surgida como consecuencia de la Contrarreforma. Desde sus inicios usó el poder de la educación para la reconquista de la fe en la población principalmente joven. Autodenominados los soldados de Cristo, llegaron treinta y ocho años después de su creación a la Nueva España con armas espirituales reflejadas en sus prestigiosas capacidades educadoras.

Desde el inicio, buscaron el aprecio de toda la población sin descuidar sus ministerios sacerdotales. Gracias a las actividades holísticas que realizaron a través de su modelo educativo, su obra educativa se extendió por todo el territorio novohispano. Además de la apertura de colegios donde fueron educados los jóvenes criollos de la Nueva España, parte fundamental de su método de instrucción catequística involucró las visitas a zonas alejadas de la capital para ayudar a la población en crisis. Fue así como a partir del siglo XVII, se puso en marcha una empresa misionera jesuítica encargada de predicar el dogma y la moral católica, acabar con la creencia de los pueblos mesoamericanos, administrar los sacramentos e infundir la creencia en un solo dios, el cristiano.

1.1 Antecedentes de la misión jesuítica en Nueva España.

Entre los años 1524 y 1533 arribaron a la Nueva España grupos de frailes misioneros franciscanos, dominicos y agustinos propios de tres órdenes religiosas con un claro objetivo: evangelizar a la población del territorio para su adhesión a la fe católica. Éste, a su vez, representaba el proyecto político, económico y territorialmente expansivo de la corona española, por lo que desde el principio los frailes misioneros tuvieron que adaptarse a las

condiciones que imponía el desconocido y extenso territorio mesoamericano para cumplir con su objetivo.

Durante todo el proceso de evangelización, los pueblos indígenas se mostraron hostiles a la nueva doctrina y se negaban a aceptar la religión católica como única y verdadera; desde los primeros años de evangelización, la lucha indígena por conservar sus costumbres parecía frustrar los avances coloniales y su adaptación al nuevo mundo venía acompañada de diversas manifestaciones de resistencia que suscitaron masacres, suicidios en masa y actividades violentas en defensa de sus ídolos, sus prácticas religiosas y su cosmovisión.

El empeño en la destrucción y extirpación de costumbres indígenas paganas originó tratos inhumanos y violentos por parte de militares y algunos frailes quienes reflejaban su ignorancia sobre las ideas y prácticas religiosas indígenas. La violencia y malos tratos españoles más que acercar a los indios a las costumbres occidentales, los llevó a desacreditar la nueva cosmovisión y resistirse a todo aquello que los alejara de sus antiguas formas de comportamiento. Debido a esto, “por motivos políticos y de gobierno, no hubo duda de que se requería evangelizar a los naturales y de que tal empeño implicaba educación”.²²

Es por esto que las tres órdenes mendicantes llevaron a cabo una extensa, perseverante, metódica y trabajosa labor educativa que desde el principio consistió en la edificación de iglesias, conventos y escuelas que fungieran como espacios para la evangelización de los indígenas y refugio para los frailes. No obstante, la infraestructura fue solo una parte del esfuerzo misionero por dar a conocer en tierras paganas la fe católica; los frailes se abrieron

²² Gonzalbo Aizpuru, Pilar, “El virreinato y el nuevo orden”, en *Historia mínima de la educación en México*, México, El Colegio de México, 2012, p. 38.

al desafío de vivir entre los indígenas para descubrir su cultura, aprender sus lenguas y así ser capaces de darle marcha a la enseñanza de su doctrina.

La evangelización implicó la instrucción conforme a las clases sociales con centros de educación por separado para los indígenas y para los criollos. Aunque en la instrucción religiosa las clases de catecismo, canto y música eran para todos, era evidente la diferencia ejercida en la educación de acuerdo a su condición social. La mayor parte de la población indígena escuchaba la prédica del cristianismo y era catequizada en los atrios de los conventos o fuera de las iglesias, mientras que los pobladores criollos vivían por un tiempo en internados establecidos a lado de los conventos, donde eran catequizados de manera más extensa y detallada, facilitando su aprendizaje y su aprovechamiento en la cristiandad.²³

De igual forma, mientras que los indígenas considerados de “clase baja” eran principalmente instruidos en los oficios y técnicas de trabajo que les permitiera aprovechar sus habilidades para ganarse la vida, los criollos pertenecientes a la “clase alta” asistían a las escuelas de primeras letras donde se les enseñaba a leer y escribir específicamente para la adquisición de destrezas y habilidades dignas de futuros dirigentes.²⁴

Los métodos y proyectos educativos que los frailes llevaron a cabo consistieron principalmente en otorgarle una interpretación propia a la doctrina cristiana y al catecismo para que la población los entendiera y de esa forma enseñarles de manera vívida y participativa. A pesar de que las órdenes mendicantes perseguían un mismo objetivo, cada una tenía su personalidad, sus espacios y su manera de predicar los misterios de la fe. Las diferencias en cuanto al proceso de evangelización para cada orden dependían de las zonas

²³ Cfr. Ricard, Robert, *La conquista espiritual*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 185.

²⁴ Cfr. Gonzalbo, Pilar, *Op. Cit.*, 2012, p. 47.

donde se establecían en el territorio novohispano, a pesar de que los conventos no estaban muy alejados unos de otros.

Transcurridos casi cincuenta años de la llegada de estas órdenes mendicantes a tierras conquistadas, en la Nueva España ya se habían vivido años de transformación social e inmersión en las costumbres de la fe católica. Para el año 1570 el territorio contaba con conventos, escuelas, hospitales, iglesias y grandes avances en el proceso de evangelización de los pobladores. Franciscanos, dominicos y agustinos habían contribuido a la expansión colonial con proyectos educativos que se encargaron de la conversión cristiana de los indígenas, así como del mantenimiento del orden social. Incluso desde el año 1533, la Real y Pontificia Universidad de México había abierto sus puertas para legitimar la conquista y educar superiormente a los criollos internos que aprobaban brillantemente la instrucción en primeras letras.

Sin embargo, a pesar del progresivo avance en la consolidación de una nueva sociedad cristiana y el incesante dominio político y eclesiástico con las nuevas costumbres practicadas, en muchos lugares se preservaban los viejos ídolos y ritos como manifestación de protesta contra los conquistadores. Al no lograr erradicar la idolatría y notar la subsistencia de prácticas paganas, clérigos y autoridades civiles consideraron dirigir sus esfuerzos para mejorar la empresa evangelizadora.

Cuando parecía que un cambio innovador en materia educativa para el fortalecimiento evangelizador era necesario, “a la Nueva España llegaron las noticias de la popularidad de la orden [de los jesuitas], de sus métodos modernos de enseñanza y de su dedicación a las

misiones en Oriente”.²⁵ Al considerar la presencia de los jesuitas como signo de prestigio en la continuación de la obra evangelizadora, clérigos seculares, frailes regulares, laicos y autoridades españolas reclamaron a la corona española el envío de frailes jesuitas a la Nueva España. Por ser compatibles los intereses reales con la obra apostólica y educadora jesuítica, el cuatro de mayo de 1571 se decidió en una real cédula la salida del primer grupo de jesuitas al territorio novohispano.

1.2 Estructura y características de la misión jesuítica.

Los jesuitas a su llegada en 1572 encontraron un escenario muy diferente al hallado por franciscanos, dominicos y agustinos; el auge de la población novohispana con su notable mezcla racial agrandaba el reto de mantener el orden social, la subsistencia de costumbres paganas y la resistencia indígena al trato con españoles complicaba la inmersión del cristianismo en ideas y costumbres. No obstante, los jesuitas se diferenciaban de las otras órdenes mendicantes.

A su llegada a la Nueva España se colocaron como los mediadores entre los mandatos de la Iglesia católica y las necesidades de la población novohispana. Si bien su pensamiento surge de la época medieval católica, con su nueva vertiente humanista-contrarreformista forjaron un proceso de evangelización íntegro, considerando las inquietudes de los indígenas para el desarrollo de su plena vida cristiana.

Variados fueron los ministerios con los que los frailes de la Compañía de Jesús aspiraron a “renovar la cristiandad, purificar las costumbres, preservar la ortodoxia y apoyar un orden

²⁵ Gonzalbo, Pilar, “El virreinato y el nuevo orden”, en *Historia mínima de la educación en México*, México, Colegio de México, 2012, p. 54.

social”;²⁶ la mayoría de los mismos estaban dedicados a la perfección espiritual de clérigos y futuras generaciones de mandatarios criollos dentro de sus colegios y seminarios en zonas alejadas al centro de la Nueva España, pero fue a través de sus misiones que lograron extenderse a las zonas inhabitadas por las demás órdenes mendicantes atrayendo a los indígenas de poblaciones alejadas del centro. Aunque las primeras misiones fueron en Pátzcuaro y Tepetzotlán alrededor del año 1574, la acción misional jesuítica que ocupó principalmente el noroeste de la Nueva España llegó a ser la más deseada cuando “el gobernador de la Nueva Vizcaya, Rodrigo del Río y Loza, invitó en 1598 a los jesuitas a enviar misioneros para someter aquella zona a Dios y al rey”.²⁷

Los avances hacia el noroeste se llevaron a cabo paso a paso, siempre el último más grande que el anterior; se consideran tres pasos en específico: el primero se dio por el afortunado descubrimiento de minas de plata en las ciudades de Zacatecas, Sonora, Chihuahua y Sinaloa. Esto popularizó la zona, por lo que la exploración y el asentamiento en aquellas tierras representaron una oportunidad para los misioneros jesuitas de expandir su doctrina y cumplir con su objetivo de salvación de almas.

El segundo fue con la fundación de colegios y residencias jesuíticas en lugares próximos a las regiones de indios que se proponían evangelizar, éste fue un gran paso para asentarse y atender con regularidad las misiones de Zacatecas, Sinaloa, Topia y Tarahumaras.²⁸ El tercero se dio gracias a su constante pasión de llevar sus postulados de fe hasta el lugar más remoto del territorio. Con el último paso, la Compañía de Jesús agrandó su popularidad y la

²⁶ Gonzalbo, Pilar, *Historia de la educación en la época colonial: la educación de los criollos y la vida urbana*, México, Colegio de México, 1990, p. 233.

²⁷ Hauseberger, Bernd, “La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano”, en *Estudios de historia novohispana*, México, UNAM, 1997, p 63.

²⁸ Cfr. Gonzalbo, Pilar, *Op. Cit.*, 2012, p. 191-195.

organización de su sistema misional: “[Los jesuitas] se dieron a conocer como confesores y predicadores, no sólo en la capital sino también en algunas otras ciudades que visitaron por breve tiempo en su peculiar forma de misiones locales o temporales y circulares”.²⁹

Desde la creación de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola³⁰ dejó establecido en las Constituciones³¹ que de acuerdo con los deseos del papa y bajo la dirección del preósito general³², los padres de la Compañía podían mandar padres misioneros a cualquier lugar de infieles por un lapso de tiempo no menor a tres meses; estas misiones se denominaron circulares. Sin embargo, con las características del territorio de la Nueva España se realizaron diversos tipos de misiones a las que denominaron temporales locales, rurales o cuaresmales.³³ Todas las misiones eran temporales, la diferencia nominativa radica en que las misiones locales recorrían principalmente los barrios de las ciudades, en las rurales se visitaban lugares en comunidades rurales y las cuaresmales sólo se llevaban a cabo durante la temporada de Cuaresma, ésta duraba cuarenta días y favorecía el desplazamiento de los misioneros hacia el noroeste ya que cesaban las fuertes lluvias y se templaban las sierras.

Los misioneros visitaban las partes más lejanas según los ritmos que las condiciones ambientales les posibilitaran y la dureza en la resistencia de los indios; era fundamental la hospitalidad recibida en sus establecimientos para que pudieran hacerle frente a cualquier

²⁹ Gonzalbo, Pilar, “El virreinato y el nuevo orden”, en *Historia mínima de la educación en México*, México, Colegio de México, 2012, p. 55.

³⁰ Teólogo y sacerdote español (1491- 1556), fundador de la Compañía de Jesús en 1490.

³¹ Texto escrito por San Ignacio de Loyola donde se redactan las reglas y costumbres de los socios de la Compañía de Jesús.

³² Título otorgado al sacerdote dirigente de la Compañía de Jesús.

³³ Cfr. Gonzalbo, Pilar. *La educación popular de los jesuitas*, México, Universidad Iberoamericana, 1989, p. 48.

situación extrema. Es por eso que por la experiencia y la preparación de estos frailes era menester tener los cuatro votos³⁴ para ser jesuita misionero.

Las actividades dentro de las misiones llegaban a ser improvisadas pues no se podía asegurar la forma del encuentro y el trato con los indígenas. No obstante, existía una serie de reglas (Anexo 1) que organizaban, dirigían y controlaban el correcto funcionamiento de las misiones jesuíticas. El misionero Andrés Pérez de Ribas nos cuenta:

La regla que es común a todos [los padres misioneros], y con que comienzan las de la Compañía de Jesús, y su sagrado instituto, dice así: el fin de esta Compañía es no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias, con la gracia divina; mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de los próximos.³⁵

Los jesuitas, al menos en sus misiones del noroeste eran conscientes de la obligación que tenían de dar a conocer y trabajar hasta perfeccionar la verdadera fe en todos, fieles e infieles, indios y españoles a lo largo del camino. Esto representaría el esfuerzo, la obediencia y la devoción por Dios y por la renovada Iglesia católica que llegaban a ser los valores de su empresa misional.

Las misiones jesuíticas comenzaron a ser puestas en marcha para abrir caminos por el extenso territorio novohispano, evangelizando y adhiriendo a todos a la iglesia católica; los misioneros estaban obligados a tratar a todos respetuosamente, con actitud servicial y genuina para que los indios no se sintieran atacados con su llegada. De hecho, en cuanto el misionero entrara a la zona de misión, debía estar al pendiente de asistir a su prójimo en cualquier actividad que la situación ameritara.

³⁴ Obediencia, pobreza, castidad y obediencia total al Papa.

³⁵ Pérez de Ribas, Andrés, *Historia de los triunfos de la nuestra santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*, México, Editores Siglo XXI, 1992, p. 447.

La condición inicial del apostolado de un misionero jesuita era conocer bien la lengua de la civilización para poder llevar a cabo un proceso de conversión cristiana efectiva. Andrés Pérez de Ribas, de misionero a misionero, aconsejó a sus hermanos –así se llamaban entre socios de la Compañía- a aprender a usar la lengua nativa para cumplir con el objetivo de su ministerio:

Puedo afirmar lo que tengo sacado de no pocas experiencias, que algunas veces le servirá la lengua al que la sabe y puede predicar en ella, para librarse de los muchos peligros de muerte, alborotos, inquietudes, y alzamientos que levanta el demonio entre estas gentes: porque el hablarse en su lengua los sosiega, y reprime, capta benevolencia, gana y sujeta.³⁶

Las lenguas indígenas habladas desde la capacidad retórica de los jesuitas se convirtieron en uno de los medios más eficaces para evangelizar en las misiones jesuíticas; como los indígenas hallaban similitud con los padres misioneros en su forma de comunicación comenzaron a sentir seguridad, confianza y respeto por ellos. Debido a este efecto conciliador y educativo, la prédica del evangelio en la lengua indígena de la nación se profundizará mas adelante.

Una vez que misioneros aprendían a comunicarse efectivamente con los indios, debían poner sumo cuidado y rigurosidad en la organización de su metodología misionera; se observa que los jesuitas abordaron retóricamente los sacramentos según su jerarquía, su función y la necesidad de su práctica en los aprendices; igualmente estaban obligados a esperar el tiempo adecuado para abordar ciertos contenidos, “juntamente cuidaban de ir arrancando de sementeras [...] abusos y supersticiones gentilicias, para mejor introducir las ceremonias santas que usa la Iglesia; aunque esto con tiento y poco a poco conforme a la doctrina de Cristo”,³⁷ de forma que apoyándose en las edades, las situaciones y las

³⁶ Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 450.

³⁷ *Ibid* p. 94.

experiencias vividas de sus aprendices, las pláticas y discursos apostólicos llegaban a ser más conmovedores y eficientes.

Además de la formación espiritual de los indios, otra tarea delegada a los misioneros jesuitas era instruirlos (conforme a sus habilidades y talentos) en oficios acorde a las características y las condiciones del contexto. Dicha instrucción contribuía al desenvolvimiento de los pobladores en la vida cristiana: como albañiles ayudaron en la construcción de iglesias, como artesanos y mineros aportaron con instrumentos musicales para sus coros y ornamentos para sus sagrarios.

No obstante, en primera instancia la instrucción en oficios respondía a la necesidad de subsistencia en el orden social implantado que demandaba encaminar y mantener a los indios en un nuevo sistema de producción y consumo. Lo característico de las misiones en cuanto a la consideración de una educación técnica, es que debía ser llevada a cabo bajo una labor de convencimiento sin expresar sensación de esclavitud o cautiverio, donde el indio se posicionaba según su voluntad y sus aptitudes en los oficios.

Con las misiones, la presencia de los jesuitas en el territorio novohispano se percibió en dos dimensiones: por un lado, estuvo la ocupación en el adoctrinamiento religioso de sus aprendices y, por el otro, en el interés político de la expansión de su sistema misional. Para el adoctrinamiento era necesario cumplir con la primera regla de las misiones:

[...] estarán los nuestros de dos en dos, y con subordinación del uno al otro, ayudándose con fraterna caridad [...]. Y en caso [...] de que no pudieren estar acompañados, por lo menos dos que tuvieran sus partidos [...] más cercanos se concertarán para verse a tiempos [...] y comunicar las cosas de sus almas en esta santa soledad.³⁸

³⁸ *Ibid* p. 448.

Si la integración de misioneros durante las misiones se daba en pares, era para ayudarse en la práctica de los sacramentos o la continuación del ministerio misionero por parte del otro padre en caso de que uno pereciera en el intento. Por otra parte, la edificación y conservación de seminarios e iglesias sería importante para continuar con la extensión territorial a la vez de representar espacios para el establecimiento de los misioneros.

Estos monumentos favorecían la constante educación y práctica de nuevas formas de comportamiento para la nueva organización social; en los seminarios se les enseñaba a leer y escribir en castellano, así como a cantar y tocar instrumentos a los indios que presentaran aptitudes para ello. “Además del maestro que enseña a leer, y escribir, hay otro muy diestro que enseña canto, en que salen muy aventajados los indios”.³⁹ Los seminarios bajo la dirección de los jesuitas completaban la formación del catecismo con diferentes dinámicas que eran compatibles con los indígenas. Enseñar oraciones a los indígenas con canciones y alabanzas a Dios por medio de danzas, asemejaba los antiguos ritos que los aztecas llevaban a cabo para agradecer a sus dioses.

De manera que esa adaptación de actividades artísticas a la catequesis rindió muchos frutos y favoreció al aprendizaje indígena de la fe católica. Por su parte, esos frutos son los que se esperaba repartir entre los demás pueblos pues los indios sobresalientes servían de ayudantes, músicos y cantores en las iglesias de los pueblos más cercanos; además de ser expuestos como el ejemplo a seguir de los demás indios incluso hijos de españoles.

La estructura de la misión jesuítica era simple a diferencia de la organización de sus colegios. Jerárquicamente, a la cabeza de todo proyecto de misiones estaba Dios, toda

³⁹ *Ibid* p. 736.

actividad era en su nombre y a mayor gloria de Él. En segundo puesto estaba el papa, cuyos deseos y aspiraciones de conversión cristiana esperaban ser cristalizadas por los padres misioneros en tierras lejanas y paganas. La corona española, quien se encontraba debajo del sumo pontífice, era la encargada de subsidiar las misiones y mandar cada vez un número mayor de jesuitas y ornamentos religiosos a la Nueva España para continuar con su proyecto colonizador. En último lugar, se encuentran los padres provinciales del pueblo donde ya estuviere consolidada una iglesia.

Éstos quedaban como superiores en cada zona de misión, puesto con el que estaban obligados a dirigir, orientar y -cuando fuere posible- acompañar cercanamente a los misioneros y la población de la misión en su día a día, al menos una vez por año; los padres provinciales debían informarse de todo lo que acontecía en la misión y ningún cambio podía hacerse sin su licencia.

Ya fuera entrar a adoctrinar una nueva nación, edificar una iglesia o cualquier cambio necesario o espontáneo que se presentara durante las misiones, debía ser previamente avisado por correspondencia a los superiores, noticias que tiempo después llegaban hasta manos de la corona española. “El fervor de los misioneros jesuitas era controlado por las jerarquías más altas, a quienes se les informaba de los avances daban su aprobación o recomendaciones, según fuese necesario”.⁴⁰

Ahora bien, el sustento económico de cada misión jesuítica recaía casi totalmente en la corona española, ésta apoyaba a los misioneros con limosnas limitadas para sus necesidades básicas, así como una pensión que les permitiera equipar sus iglesias y suplir necesidades

⁴⁰ Pacheco García, Georgina, *Estudio sobre la relación del humanismo jesuita y la idea de identidad criolla de la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII*, Tesis de Licenciatura en Filosofía, UNAM, México, 2013, p. 53.

de la enseñanza indígena o su sistema misional;⁴¹ también, de vez en cuando, el virrey de la Nueva España decretaba regalar comida y vestido a las familias indígenas mejor posicionadas para rectificar el asiento de la nueva cristiandad⁴², sin embargo sus medios de subsistencia siempre fueron escasos.

De ahí que la ayuda de los indígenas con limosnas u ofrendas también contribuyera al soporte de las misiones. Aún así, cabe denotar a los establecimientos jesuíticos (especialmente los conventos) como la base de sustentación de las misiones, donde los misioneros como ganaderos y agricultores resolvían sus problemas alimenticios y de ropaje.

Cada misión representaba gran responsabilidad y obligación para los misioneros, en algunas ocasiones los misioneros jesuitas eran enviados a más de una misión a la vez, esto dependía del número de habitantes en la zona, la extensión del territorio y la velocidad en la reducción de pueblos. Es por esto que en cada pueblo, el desarrollo de su enseñanza en la doctrina cristiana debía considerar la preparación de los indios más hábiles, quienes durante la ausencia de los padres misioneros, vigilaran y se hicieran cargo de las cosas espirituales y temporales del pueblo.

[...] los padres [que] contienen varios pueblos procurarán andar en continua visita de ellos deteniéndose en cada lugar los días que pareciere conveniente. [...] Dejarán bien entablado con los fiscales de iglesia y tematchianos o maestros de doctrina que acuda la gente a ella [...], y para casos fortuitos [...] en ausencia del padre, se tendrá en cada pueblo persona industriada de más capacidad.⁴³

⁴¹ Cfr. López Sarrelangue, Delfina, Las misiones jesuitas de sonora y Sinaloa, base de la colonización de la Baja California, <http://www.ejournal.unam.mx/ehn/ehn02/EHN00209.pdf> (consultado el 15 de agosto de 2016).

⁴² Cfr. Pérez de Ribas, Andrés, *Historia de los triunfos de la nuestra santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*, México, Editores Siglo XXI, 1992, p. 682.

⁴³ *Ibidem*

Los tematchianos y los fiscales de iglesia⁴⁴ eran los principales encargados de continuar las actividades en caso de que los misioneros se ausentaran a causa del cumplimiento de sus reglas. La ejercitación espiritual y religiosa de cada misionero no debían descuidarse, por lo que todos sin excepción, debían viajar a la capital y reunirse durante ocho días con socios de la Compañía para realizar sus ejercicios espirituales.

Estos días fuera de las zonas de misión, eran aprovechados para la comunicación y retroalimentación de los misioneros jesuitas con sus superiores donde se compartían casos notables de conversión entre los indígenas, informaban al superior de las cosas temporales que hicieran falta en su respectiva misión y trataban sobre formas que mejor promovían la cristiandad en las misiones y propiciaban su seguimiento.

La misión jesuítica significó un peregrinar por zonas difíciles y desconocidas para la salvación de las almas. A los misioneros “nada podían atraerles [esas zonas lejanas y salvajes] a no ser el amor de las almas y quizá un poco el gusto por la aventura”,⁴⁵ la elección de los padres jesuitas quienes fueron enviados al noroeste no sólo se daba por su obediencia y su deber por transmitir sus ideas a los indígenas, sino que se procuraba enviar a los más fuertes físicamente. Después de haber trabajado por varios años en el ministerio misionero, los padres jesuitas tenían el derecho y la obligación de informar a su superior cuando no se sintieran con la misma fuerza de continuar con las demandas de su misión para dejar a otro misionero más joven y fuerte en su lugar. De esta forma, no estorbaban la consecución de los fines evangélicos de la Compañía de Jesús en las misiones del noroeste novohispano.

⁴⁴ Personajes que debido a su aportación a esta investigación se analizará más adelante.

⁴⁵ Robert, Ricard, *Op. Cit.*, 1986, p. 87.

1.3 La figura del misionero jesuita y su participación en el espacio informal.

Puesto que las formas de educación en la evangelización durante el siglo XVI, llegaron a ser selectivas y elitistas por introducir una nueva estructura social que reconociera a la corona española como la fuente de gobierno y respondiera a la iglesia católica con muestras de fe cristiana y piedad religiosa. La Compañía de Jesús ya en el siglo XVII había favorecido la educación e instrucción cristiana de cientos de criollos y algunos indígenas dentro de sus colegios y conventos. Además de su fama y su papel desempeñado en esos espacios institucionalizados, los jesuitas siempre tuvieron presente que su labor educativa debía rebasar sus establecimientos para alcanzar a todos los grupos sociales y lograr influir con su nueva forma de sociedad.

Su mayor esfuerzo por reformar a toda la sociedad se reflejó en los misioneros quienes salieron a predicar a las calles, plazas, cárceles, hospitales y demás espacios fuera de sus provincias o lugares de residencia. En general, los misioneros jesuitas sobresalieron por su ayuda a los desprotegidos, por su vocación en la difusión del cristianismo en tierras desconocidas y por su obediencia divina (al procurar mayor gloria a Dios con cada acción realizada), política (al ganar territorios para la corona española) y religiosa (al representar a la Iglesia católica como el núcleo de la evangelización). En particular, los misioneros jesuitas del noroeste sobresalieron por su erudición y dominio de la retórica en diferentes lenguas, por lo que se hicieron cargo de la instrucción en las costumbres cristianas de todos los fieles posibles, diferentes entre sí.

El misionero jesuita era un miembro de la Compañía de Jesús cuyo sentido de martirio lo llevó a renunciar a todas sus comodidades para salir a explorar nuevas tierras y enseñar la

doctrina cristiana a los indios. Su tarea evangelizadora, involucraba un cambio total de residencia que lo instalaba en las profundidades del territorio y lo obligaba a desenvolverse en su nueva vida misionera y adaptarse a las diferentes situaciones que, por lo regular, eran extremosas. Andrés Pérez de Ribas declara:

El estar en compañía de estas otras naciones bárbaras, parece que es vivir o en soledad de hombres o en compañía de fieras, que habitan en tugurios, entre montes, marinas y selvas profundas y quebradas y finalmente el vivir entre ellas (aunque no se pierda la vida) viene a ser un perpetuo destierro”.⁴⁶

Ciertamente, el misionero abandonó sus hábitos y costumbres para convertirse en el pionero de la predicación y enseñanza de la doctrina cristiana en las zonas más alejadas del Nuevo Mundo, lejos de aparentar saberlo todo, observó y estudió a los indios para acercarse a ellos y procurarlos en sus necesidades inmediatas de acuerdo con el ideal de sociedad que se pretendía formar. No obstante, son obvias las etiquetas sociales demeritorias con las que los misioneros describen su experiencia en el noroeste novohispano, ellos mismos se posicionan como mártires y salvadores en tan salvaje lugar sin que esto necesariamente fuera cierto.

El rol social del misionero jesuita intervino en la renovación de la vida personal y colectiva de los habitantes, sus relaciones familiares y la organización, momentos de ocio, festejo y sufrimiento de la muy variada sociedad indígena. Cuidaban su conducta y sus enseñanzas con el fin de predicar con el ejemplo y contagiar de su caridad a los indios que pudieran alborotar a los demás. Su humildad y sus predicaciones sobre la fe cristiana pretendían causar impacto en los indios para que asimilaran lo nuevo, lo vivieran día a día y lo pusieran en práctica en sus hogares y en sus quehaceres cotidianos. “El proyecto de los

⁴⁶ Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 418.

misioneros jesuitas tendía, además, a una transformación profunda de toda la vida social y cultural de los grupos de los que se ocupaba”.⁴⁷

La intervención del misionero jesuita en estas zonas del territorio se destacó por la manipulación de las cosas del entorno y su ambientación atrayente para la atención espiritual de todos los habitantes; se procuraba que toda prédica del evangelio “fuese libre, espontánea y sin ruido ni violencia de armas, y sólo con la fuerza de la palabra divina”.⁴⁸

Al menos en la *Historia* de Pérez de Ribas se considera que el primer acercamiento del misionero jesuita a los indígenas fue por lo general tranquilo sin uso de la fuerza militar, pero aquí es necesario considerar lo siguiente: se reitera que la *Historia* está contada únicamente de la perspectiva de su autor quien describe como belicosos y hostiles a los indígenas que trataban de defender su territorio. No se descarta la violencia en las misiones del noroeste pues Pérez de Ribas justifica la presencia de soldados españoles como último recurso de defensa en los enfrentamientos que los indígenas pudieran levantar en su contra

Se sigue declarar cuales son los motivos y causas que pueden obligar a poner los presidios de soldados [...] en las fronteras y conversiones de gentes bárbaras [...]. Es conveniente y necesario el ayudarse de esos medios [militares] (por lo menos en particulares tiempos, lugares y ocasiones para quitar estorbos al Evangelio y dar estabilidad y seguridad a su doctrina).⁴⁹

Es conocido que chichimecas y tepeguanos eran los grupos indígenas más apasionados por el arte de la guerra quienes mostraron mayor resistencia a los cambios en sus costumbres y su cosmovisión; sin embargo, lo que Pérez de Ribas denomina como “estorbos al Evangelio” pudieron ser las respuestas indígenas que no empataban con los fines evangélicos.

⁴⁷ Hausberger, Bernd, *Op. Cit.*, 1997, p. 65.

⁴⁸ Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 61.

⁴⁹ *Ibidem*

Aun así, desde la llegada de los misioneros a los pueblos del noroeste se tenía pensado establecer un cambio en los roles de conquistadores y conquistados, la convivencia entre soldados e indígenas ya no sería de enemistad sino de complicidad y ayuda mutua, táctica y arriesgada, pero efectiva para la inmersión de misioneros y soldados en las zonas de misión. Los beneficios militares incluían su asentamiento en aquellas tierras, su instrucción cristiana conforme al orden social así como la saciedad de sus necesidades temporales y espirituales gracias a los favores de la Iglesia católica. Por su parte, se les aclaraba a los indígenas que ellos y sus familias dejarían de ser atacados y saqueados de sus tierras y contarían con los soldados quienes fungirían como sus defensores contra cualquier ataque de enemigos vecinos indígenas.

Viendo estas naciones el amparo que tienen las que hacen paces con españoles, y se ponen debajo del amparo del rey; cuan bien les sale esta amistad, para verse defendidos de sus antiguos enemigos, que todas ellas suelen tener, y por medio de esta amistad viven quietos en sus pueblos, tierras, y sementeras; no los echan de ellas sus enemigos, no les quitan con violencia sus hijas, ni hacen otros agravios que recibían en su gentilidad.⁵⁰

La participación del misionero jesuita surge de forma incidental donde por medio de las circunstancias de guerra, tensión y resistencia colonial en el ambiente, delega nuevas tareas sociales a los habitantes para que aprendan a adaptarse al nuevo orden social. Desde su llegada trataba de ser lo más cauteloso y vistoso posible para darle fuerza a la palabra divina: “entraba el misionero en cada pueblo, solo, a pie y con el crucifijo en alto tocando a trechos una campanilla y recitando con voz grave algunas sentencias”.⁵¹ En ese tono grave que además era firme, el misionero jesuita daba sermones sobre el “Dios verdadero” y los embustes del demonio.

⁵⁰ *Ibid* p. 63.

⁵¹ Gonzalbo, Pilar, *La educación popular de los jesuitas*, México, Universidad Iberoamericana, 1989, p. 64.

Recordemos que los miembros de la Compañía de Jesús dominaban y empleaban la retórica como instrumento formativo de la personalidad dentro de su método pedagógico. Por lo que en las misiones del noroeste, la etapa inicial en la conversión de los indígenas se basaba en la oralidad, pues aprovecharon su progreso en el aprendizaje de lenguas indígenas para introducir los principios de la fe católica por medio de discursos y pláticas en dichas lenguas. Para sobresalir de la monotonía rural en la que vivían, los misioneros llegaban recitando, orando, platicando y algunas veces cantando para llamar la atención de los pobladores y de los vecinos curiosos que estuvieran escuchando u observando; además, estos discursos se desarrollaban con un impacto dramático para despertar la curiosidad de los nativos por aprender.

Imaginemos por un momento que nos encontramos en el siglo XVII y somos indios habitantes del noroeste novohispano. De repente, vemos entrar a nuestras tierras -ubicadas entre picachos y ríos-, a dos hombres cuyo aspecto es muy desigual al nuestro. A pesar de las diferencias, logramos escuchar y entender lo que dicen pero no alcanzamos a comprenderlo. ¿Acaso este acontecimiento no despertaría nuestra curiosidad por conocer el origen de aquellos hombres y el significado del relato que tan seguros divulgaban? Claro que las reacciones se suscitarían de acuerdo a nuestra forma de ser y desenvolvemos en sociedad; algunos se acercarían para poder ver más de cerca a los extranjeros, otros se esconderían por temor a lo desconocido y algunos más podrían enfrentarlos violentos en señal de defensa.

Entre estos ejemplos de reacciones están las que, de hecho, tuvieron los indios al vivir la entrada de los misioneros jesuitas; por ejemplo, Andrés Pérez de Ribas relata que los habitantes del valle Cacalotlan, un pequeño pueblo dentro de la provincia de Sinaloa, al

escuchar sobre el arribo del padre misionero Martín Pérez “[Acudieron a su] presencia treinta y ocho adultos, con diez y nueve hijuelos, que no parecían sino venadillos monteses según huían y se escondían por no [verle]”.⁵² Puedo imaginar que el padre Martín Pérez al encontrarse con desorden, desconfianza e intranquilidad por parte de los indígenas, pensó en utilizar su habilidad retórica y su actitud servicial para ganar su atención.

Pérez de Ribas continúa: “Háblales con cariño, diciéndoles lo que les importaba cuida del remedio de sus almas [...]. Oída esta plática, al punto se resolvieron a quedarse en el pueblo y bautizarse...”,⁵³ se asume, pues, que el misionero jesuita actuó sencilla pero exitosamente para alcanzar las miradas de todos y así introducir de primer momento la doctrina.

Por otro lado, en la nación Tepeguana, los misioneros experimentaron muchas respuestas violentas, específicamente en el pueblo de Santa Catalina, donde camino de una provincia a otra el padre Hernando de Tovar murió en manos de tepeguanos:

Al tiempo, pues, que el padre iba subir a su mula para proseguir su camino, preparados ya con sus armas y con demostraciones de fiereza [...] arremetieron finalmente los enfurecidos tepeguanes con flechazos y echando mano del religioso padre, lo agarraron diciendo y blasfemando: “veamos que este es santo, cómo lo resucita su Dios?”.⁵⁴

Ya fueren éxitos o fracasos, el misionero jesuita siempre buscó la forma más conveniente para adaptarse al ambiente y comenzar con su labor apostólica; quizá hoy podemos asumir que los misioneros jesuitas con su ardua perfección espiritual, se hicieron expertos en enfrentar con fe, paciencia y obediencia cualquier adversidad. No obstante, es importante reconocer que en ese momento los misioneros no tenían otra opción más que adaptarse continuamente al contexto y sus habitantes, siendo más estratégicos que espirituales.

⁵² Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p 79.

⁵³ *Ibidem*

⁵⁴ Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 601.

La observación detallada que hicieron de los habitantes, los cuales pretendían evangelizar (costumbres, conformación social, formas de vestir, celebrar, expresar, la adoración a varios dioses, etc.), los ayudó a identificar creencias y actitudes nativas que favorecían la enseñanza de conceptos y prácticas cristianas y con ello incitarlos a cambiar.

Por ejemplo, al notar el gusto de los indios por escucharlos hablar como ellos sobre cosas misteriosas, congregaban a varios y aprovechaban para predicarles sobre lo esencial del comportamiento cristiano. Con esto, el misionero jesuita se iba ganando la confianza y admiración de los indígenas, facilitando la instrucción en los más hábiles o los más interesados.

Teniendo en cuenta que la educación informal es aquella modalidad que prevé un proceso educativo permanente por medio de experiencias propiciadas con el ambiente, el misionero jesuita participó en las actividades cotidianas de los habitantes de forma que las circunstancias le ayudasen a conducir actividades concernientes a sus ministerios pastorales; por ejemplo, en tiempos de epidemia o enfermedad se aprovechaba la situación para administrar el bautizo o la extremaunción del indio en cuestión.

Entre los indios había no tan leproso que de pies a cabeza no se veía parte libre de esta plaga, la cual lo puso en trance de muerte. Y estando con singulares muestra de dolor [...] bautizóle el Padre y púsole por nombre Lázaro, por el leproso”.⁵⁵

Cabe destacar que el misionero aprovechaba públicamente toda circunstancia para que su adoctrinamiento comenzara a desarrollarse entre las estructuras sociales e influyeran en la mayoría de la población por medio de prácticas colectivas, celebraciones religiosas, etc.

⁵⁵ *Ibid* p. 121.

Hasta ahora ya tenemos conocimiento sobre las razones que atrajeron la presencia jesuítica al noroeste de la Nueva España; además, se puede percibir el papel del misionero frente a las diversas circunstancias típicas del contexto donde bajo los lineamientos de su propuesta misionera-educativa se iba transformando a la sociedad en pro de su evangelización. Para comprender a fondo esta propuesta jesuítica, ahora es necesario considerar las características de la espiritualidad de los jesuitas cuya influencia en las nuevas prácticas sociales fue constante.

Capítulo 2. Adoctrinamiento jesuítico. De la teoría a la práctica.

Durante las misiones, los jesuitas realizaron diversas actividades que reflejaron su método informal para la expansión de su doctrina. La Compañía de Jesús obró bajo una postura contrarreformista que fusiona la rigurosidad y obediencia eclesiástica con la valoración de la integridad del ser humano; es por eso que el modelo de adoctrinamiento jesuítico involucra el constante fortalecimiento de la fe y la voluntad del individuo haciéndolo responsable del esfuerzo por cambiar su vida hasta perfeccionarse espiritualmente.

Recordemos que los miembros de la Compañía de Jesús eran hombres cuya preparación intelectual y espiritual tomaba años de dedicación. Además de su vasto conocimiento en las ciencias y las artes, los jesuitas se caracterizaron por su forma peculiar de encaminarse hacia la obediencia divina y el trabajo cotidiano en la práctica de la virtud a través de sus ejercicios espirituales.

Los ejercicios espirituales surgen de la experiencia espiritual que vivió San Ignacio de Loyola a partir de su conversión religiosa, él mismo los redactó para ayudar a otros a conocer a Dios, practicar la obediencia y dedicarse a la vida cristiana activa y contemplativa. Éstos comprenden una guía de anotaciones, oraciones, meditaciones, sermones y contemplaciones que constituyen la base de la espiritualidad jesuítica.

La práctica de los ejercicios espirituales era obligatoria para todos los miembros de la Compañía, quienes sin importar si eran jesuitas novicios o jesuitas de cuatro votos, se internaban en casas destinadas específicamente a la práctica de ejercicios, ahí seguían

ordenadamente las indicaciones y actividades propuestas cuya experiencia completa tiene una duración de cuatro semanas.

Con respecto al contenido esencial de los ejercicios completos, en la primera semana se realizan ejercicios de meditación y oración para estimular en el ejercitante la reflexión sobre el pecado, el daño que le hace al alma y la posibilidad de salvarla a través de un buen examen de conciencia; en la segunda semana se abordan los ejercicios que por medio de pláticas y relatos sobre la vida de Jesús (hijo de Dios), incentivan la meditación sobre quién es Jesús y cómo debe ser la propia vida en relación con Él, considerando los beneficios y los sacrificios. La tercera semana se dedica a los ejercicios enfocados en la contemplación de los misterios sobre la pasión y muerte de Jesús, mientras que la cuarta semana, centra el ejercicio de contemplación en los misterios sobre la resurrección, donde se pretende que ambas temáticas, vistas a lo largo de catorce días, siembren en el corazón del ejercitante, el amor y la adoración a Dios y que éstos perduren bajo la voluntad y el discernimiento de las cosas eternas sobre las terrenales.

2.1 Los ejercicios espirituales: la estrategia jesuítica de las actividades misionales.

Al principio la realización de los ejercicios espirituales estuvo destinada exclusivamente a los miembros jesuitas, pues era menester que efectuaran sin falta los ejercicios correspondientes, cinco veces al día en el orden y el horario establecidos. Ellos vivían los ejercicios espirituales acorde a todas las consideraciones y reglamentaciones propuestas por San Ignacio, siguiendo un proceso detallado que llegaba a prolongar la contemplación de sus temáticas para profundizar en su contenido.

Con el paso del tiempo, los ejercicios espirituales demostraron un estilo inconfundible en el robustecimiento de la fe a través de recursos sensibles, que a la vez influía en la conciencia y el comportamiento de los ejercitantes; por lo que los sacerdotes jesuitas -experimentados en el funcionamiento de la Compañía y el trabajo constante en el proceso de perfección espiritual- aprovecharon la extensión de su práctica a sus jóvenes estudiantes laicos.

Todos los jesuitas sabían que su fundador, había escrito su experiencia espiritual de forma clara, detallada y ordenada para que sus ejercicios espirituales pudieran ser practicados por gran número de personas y guiados por un padre espiritual sin dificultad. No se podía modificar el objetivo de esta experiencia espiritual que busca concientizar a cada ejercitante sobre la adoración del Dios verdadero encaminándolo con obediencia hacia la práctica constante de actividades apropiadas según la vida cristiana; pero el modo de guiar el proceso espiritual de los ejercicios podía variar dependiendo las características y la situación del ejercitante.

San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales* escribió: “Según la disposición de las personas que quieran tomar ejercicios espirituales, es a saber, que según tienen edad, letras o ingenio se han de aplicar a tales ejercicios...”.⁵⁶ De donde resulta que los jesuitas se tomaron la libertad de omitir o profundizar ejercicios y adaptar las temáticas de los mismos de acuerdo con las particularidades de aquellos que los realizara, ya fuere para la vida consagrada o la vida secular.

Algunos se volvieron expertos en el acompañamiento espiritual de clérigos y novicios notables dentro de sus internados para fortificar su vocación, otros se dedicaron a impartir

⁵⁶ Groh, Jordi, *Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*, España, Abraxas, 1999, p. 51.

ejercicios espirituales a sus estudiantes durante la semana de vacaciones con el fin de que aún en temporada de descanso ocuparan su tiempo y su mente en cosas relacionadas con la nueva religión.

Pero lo que compete a esta investigación, fue que los misioneros aprovecharon la posibilidad de modificar tiempos y contenidos con base en la madurez espiritual y la variabilidad del individuo, para crear maneras propias de guiar actividades de los ejercicios y enseñar el evangelio en el noroeste según las circunstancias propias de cada momento y lugar.

Los ejercicios espirituales al ser parte esencial de la praxis espiritual y educativa de la Compañía de Jesús, fungieron como estrategia de ataque y prevención contra el paganismo del nuevo mundo. Por medio de las indicaciones de éstos, los jesuitas pudieron intervenir en la vida cotidiana y en la conciencia individual y colectiva de la sociedad, donde con demostraciones dramáticas y públicas de los ejercicios incorporaron conceptos y ceremonias católicos a la rutina de los indígenas.

A partir de los argumentos anteriores conviene subrayar las características que en mi opinión, convierten a los ejercicios espirituales en la estrategia de enseñanza que los misioneros jesuitas llevaron a cabo en el noroeste novohispano para lograr la evangelización de los indios. En primer lugar, los ejercicios espirituales tenían un carácter religioso-educativo, flexible y adaptativo plenamente conocido por los misioneros, con el que lograron dirigir el proceso educativo de los indios provocando aprendizajes permanentes que organizaran su vida espiritual y terrenal conforme a los dogmas de la doctrina cristiana. Al tener la obligación de evangelizar para incorporar las poblaciones del

noroeste a la Iglesia católica, los misioneros se apegaron a los conocimientos declarativos y procedimentales de los ejercicios espirituales para que sin importar la situación, se enfrentaran con sabiduría a la adversidad del ambiente y facilitaran en los indios el aprendizaje significativo de todos sus principios y creencias.

“Todas las actividades de los jesuitas reflejaron de algún modo la orientación espiritual de los ejercicios”,⁵⁷ la misma que les abrió la posibilidad de ejercitarlos en las misiones desde dos perspectivas a la vez: intrapersonalmente, a partir de la sumisión, la entrega total a la fe y la esperanza puesta en la providencia divina para cumplir adecuadamente con su desempeño misionero, e interpersonalmente, donde cuidaban su comportamiento y la interacción social de los indios ante las nuevas prácticas cristianas.

Dicho de otra manera, las instrucciones y anotaciones de los ejercicios espirituales formaron parte esencial de las actividades del misionero debido a que mientras se esforzaba para perfeccionarse a sí mismo, procuraba acompañar espiritualmente a los indios y así hacerlos partícipes de actos comunitarios accesibles a todos que formaban expresiones públicas de la nueva religión.

El adoctrinamiento jesuítico se apoyó en la base espiritual de sus ejercicios para trabajar uniforme y ordenadamente en la transformación de la vida del indio en su colectividad e individualidad, a pesar de que las actividades misionales no fueron las mismas alrededor de todos los pueblos del noroeste novohispano por estar sujetas a las características de cada misionero, los pobladores y su contexto.

⁵⁷ Gonzalbo, Pilar, *La educación popular de los jesuitas*, México, Universidad Iberoamericana, 1989, p 63.

Antes de examinar dichas actividades misionales por medio de las cuales los jesuitas externaron la flexibilidad de los ejercicios espirituales, es importante tomar en cuenta que la aplicación de esta estrategia fue pensada para el medio educativo informal. Porque la intención de estos ejercicios pretendía formar nuevos hábitos de convivencia en el individuo para que éste participara cooperativamente en su proceso de aprendizaje, lo que presupone la creación de situaciones educativas vivenciales, constantes y permanentes. Por otro lado, la estrategia de los ejercicios espirituales propició el control jesuítico sobre los horarios y los medios de interacción de los pueblos del noroeste, lo que parece confirmar que la doctrina cristiana se transmitió entre las diferentes estructuras sociales por medio de las actividades realizadas día con día.

Tomando en consideración que el pensamiento jesuítico está basado en la tradición religiosa y el humanismo, los misioneros jesuitas supieron equilibrar las disposiciones eclesiásticas para la unidad cristiana y las dimensiones que emergen de la integridad del ser humano, para adoptar sus sermones y actividades pastorales a las características naturales de los indios y del medio ambiente durante el adoctrinamiento y así lograr cambios en su conducta. Conviene señalar que los misioneros no sólo actuaron acorde a la dimensión intelectual y social del individuo sino también las dimensiones espiritual y emocional.

Las actividades misionales realizadas en el noroeste de la Nueva España centraron sus dinámicas en lo emocional más que en lo intelectual, pues los misioneros se enfrentaron a las circunstancias con un sentido práctico donde no exigieron la comprensión total ni el cuestionamiento de los misterios que predicaban, sino sólo buscaron la manera de introducir los conceptos cristianos dejando huella en la memoria y el corazón de los pobladores a partir de lo que sucedía a su alrededor.

De ahí que los indios, en su mayoría, fueran instruidos en la vida cotidiana a partir de medios expresivos y orales traducidos a su lengua indígena capaces de despertar emociones y llegar hondo en su conciencia, más en situaciones de necesidad. Tal es el caso de los indios de la misión de Parras cuando “el padre Jerónimo Ramírez, visitó a otros indios que había enfermos. Llevó cosas de comer, y agua bendita, y les dijo Evangelios a los cuales atribuyen ellos la salud que el Señor les da”.⁵⁸

Con base en lo anterior, los jesuitas incluyeron técnicas sensibles apegadas a la necesidad del contexto; comúnmente, la técnica más usada fue el sermón, ya que con ayuda de materiales religiosos (agua bendita) enseñaron a los indios los conceptos básicos de la doctrina cristiana. Imprimiéndole un sello característico jesuítico para incidir en los sentidos de los indios

Los oradores jesuitas, valiéndose de ademanes y cambiantes tonos de voz, despertaban en el auditorio todo un mundo de imágenes mentales, siempre duales y contrastantes, [...] siempre oscilantes entre la piedad y el temor, la virtud y el pecado, el arrepentimiento y la culpa, lo divino y lo humano, lo terreno y lo ultraterreno.⁵⁹

Para las pláticas o sermones, se congregaron un amplio número de indios que, acostumbrados a las enseñanzas impartidas con el huehuetlatolli,⁶⁰ escucharon atentamente el discurso que era interpretado por los jesuitas, según la condición más óptima para impresionar y conmover al público. El estilo del discurso variaba de acuerdo a la forma de predicar del misionero jesuita; sin embargo, toda predicación apuntalaba la existencia de dos mundos muy diferentes entre sí, uno lleno de cosas tenebrosas, incorrectas y oscuras que ameritan castigos y el otro ejemplar, cargado de recompensas, bienestar y milagros.

⁵⁸ Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 674.

⁵⁹ Pacheco García, Georgina, *Op. Cit.*, 2013, p 87.

⁶⁰ Discursos que los indios de mayor edad decían a niños, jóvenes y adultos con la finalidad de aconsejar, educar y transmitir las normas de conducta y las creencias de la cultura prehispánica.

Cabe destacar que la interpretación dramática que el misionero jesuita realizaba, se inclinó totalmente a la persuasión religiosa sobre los deseos de los indígenas para permanecer al segundo mundo.

Además de la impresión indígena obtenida gracias a sus entretenidos sermones, los misioneros jesuitas intentaron conmovierlos por medio de las técnicas de meditación e imaginación. Con esto, no sólo indujeron a los indios a asimilar cotidianamente las nuevas prácticas cristianas sino que también forjaron su importancia desde la perspectiva individual del indio.

2.2 Nociones, misas, procesiones y oraciones como medios educativos.

Respecto al seguimiento del adoctrinamiento jesuítico en las misiones del noroeste novohispano, una vez captada la atención de los indios con los relatos (divinos o terrenales) descritos en los sermones jesuíticos, el siguiente paso hacia la enseñanza de la doctrina cristiana para la evangelización de los indios, fue enfocarse en la introducción de nociones, oraciones y significados cristianos esenciales de la nueva cosmovisión.

Estos últimos fueron transmitidos principalmente a través de medios orales debido a que en las zonas de misión, los jesuitas las adecuaron a la curiosidad de sus oyentes y las necesidades creadas que los llevaran a madurar en la fe; sin embargo, no se descarta el uso de medios impresos (haciendo referencia del catecismo y las imágenes religiosas). Ya a inicios del siglo XVII circulaban muchas copias de catecismos, en castellano y traducidos a

lenguas indígenas en las zonas centro y suroeste de la Nueva España, como el testeriano⁶¹ o el del jesuita Jerónimo de Ripalda que sirvieron de apoyo para la introducción de conceptos.

Hábesse comenzado a catequizar de propósito para el Santo Bautismo buen número de los adultos, con catecismos, que se han puesto en dos lenguas y sobre él se les hacen sus pláticas, con que van haciendo concepto de las cosas de la Religión Cristiana.⁶²

En el caso del noroeste, los misioneros pudieron haber cargado consigo este último durante sus traslados misioneros para aprovechar cualquier situación óptima para enseñar la doctrina cristiana. Pero en general, sólo una minoría de indios considerados más hábiles desde la perspectiva del misionero, fueron quienes reclutados en los colegios cercanos o las iglesias de las provincias se educaron por medio de ellos.

De modo que, lo más eficiente y lo innovador en la enseñanza de la doctrina cristiana surgió gracias a la inmersión de los misioneros jesuitas en los pueblos del noroeste; ésta fue tan profunda que les permitió darse cuenta de que los actos en la vida cotidiana de los indios estaban impregnados de ideas y nociones religiosas enaltecidas con significativas ceremonias que nada tenían que ver con la religión católica.

Fue así como los misioneros intentaron transmitir sus ideas cristianas a partir de los conocimientos previos de los indios y sus conglomeradas ceremonias, de forma que no se pretendió convertir a los indios en “pseudo-españoles católicos” imponiendo las formas de comportamiento según la vida cristiana de los españoles ibéricos, sino que la intención de

⁶¹ Denominado así por su principal practicante, el franciscano fray Jacobo Testera; este catecismo se caracteriza por mostrar con dibujos las enseñanzas básicas de la fe cristiana.

⁶² Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 679.

los jesuitas fue la cristianización de las tradiciones nativas donde los indios recibieran el evangelio desde su lenguaje y sus formas de expresión.

El ingreso y preservación del contenido conceptual, actitudinal y procedimental del evangelio se resume a un proceso pedagógico que conllevó la guía espiritual de un método jesuítico informal, flexible y contextualmente adaptable con la aplicación de actividades que involucraron la implementación de las prácticas, los sacramentos y las reglas comunes del comportamiento cristiano.

Trataron situaciones de enseñanza-aprendizaje cuyo propósito siempre apuntó a la resignificación indígena de sus tradiciones más enraizadas en una nueva religiosidad que consideró los dogmas de la iglesia católica, pero conservó el temperamento y las capacidades de los indios y los obligó a participar en las nuevas costumbres de su realidad evangelizada para vivir como cristianos.

Es evidente que los misioneros con su vasta experiencia en la evangelización y educación de infieles, actuaron de manera diferente dependiendo la edad de sus adoctrinados. Aunque la modalidad informal de educación se toma bajo la concepción no organizada de materias o contenidos, los misioneros siguieron cierto orden conceptual que fuera coherente con su adoctrinamiento y les permitiera a los indígenas hacer conciencia de aquellas nociones que si bien eran parecidas a lo que conocían no funcionaban de la misma forma.

La principal noción introducida por los misioneros fue “Dios”. En los sermones, se describía como el único Dios existente para la humanidad, que reside en el cielo y era más poderoso que los ídolos adorados por los nativos pues con su gran poder había creado al

mundo y al hombre, acto que le merece veneración y sacrificio. Se aseguraban de mencionar las condenas que les esperarían a todos aquellos resistentes a sus creencias.

Se catequiza en las verdades de nuestra santa Fe y noticias de un solo Dios, Señor y Creador a quién solo debíamos adorar y temer, con otras verdades de doctrina cristiana, en particular del castigo que les amenazaba en la otra vida, si no abominaba de las supersticiones en que andaba.⁶³

Si bien los indios más jóvenes quedaban asombrados con la historia y la grandeza narrada de ese nuevo Dios y temiendo por el castigo si no le servían, los indios adultos y ancianos se mostraron escépticos y renuentes a la adoración de ese Dios que para ellos era desconocido, burlándose de los supuestos castigos que pagarían.

Fue por eso que los retóricos misioneros recuperaron las ceremonias nativas del sacrificio y la veneración a los dioses para re-significarlas en función de la perspectiva católica para que los indios, no se sintieran atacados en la nueva cristiandad y en su lugar participaran en ellas. El sacrificio católico consistía similarmente al ofrecimiento del corazón humano pero sin el derramamiento de sangre, además, la veneración también sería por medio de cantos, oraciones, celebraciones y ofrendas mucho más solemnes para pedir y recibir favores de su divinidad.

A la par, se predicó la necesidad de aprender a mudar las antiguas ideas y costumbres para acabar con la “ignorancia” que los afectaba y los alejaba de la verdadera fe según los misioneros. Muchos indios, por su esencia tesonera, competitiva y notablemente brillante en cuanto a su habilidad de aprendizaje se mostraron decididos a conocer más sobre ese Dios y mudar sus costumbres. No obstante, no sucedía lo mismo con los ancianos que se resistían a la preservación de sus costumbres y no se abrían a la nueva cosmovisión.

⁶³ *Ibid* p. 581.

Considerando que la incredulidad de estos indios (en su mayoría ancianos) representó un obstáculo para la enseñanza de la doctrina cristiana, surge entonces la pregunta: ¿cómo fue que sucumbieron ante las nuevas ideas religiosas? La respuesta está en la astucia del misionero jesuita para utilizar los sucesos naturales a favor de Dios, atribuyéndole el poder sobre todas las cosas y la ayuda brindada a todo aquel que se le acerque, le invoque y le venera.

No olvidemos que entre los picachos, montañas y quebradas características del noroeste, eran comunes días enteros con lluvias torrenciales o bien temporadas de severa sequía desfavorables para los habitantes según sus maneras de sobrevivir y sus viviendas. Cuando el misionero vivía junto con los indios estos climas extremos, ventajosamente dramatizaba una oración a Dios y les aseguraba que los ruegos realizados a ese Dios eran escuchados por ser para el bienestar de todos. Después ya sólo le quedaba esperar a que por coincidencia o verdaderamente respuesta divina cesara la lluvia o cayera en abundancia según la problemática, suceso que a todos los indios por igual sorprendía y que a la vez demostraba el triunfo de la entrada del evangelio en cuanto a la curiosidad indígena por el conocimiento y la adoración de Dios.

Igualmente, los misioneros usaron el pretexto de los acontecimientos naturales y las creencias mesoamericanas para introducir al “Dios verdadero”, un ejemplo de esto fue el caso de una de las misiones en Sinaloa, Pérez de Ribas cuenta

Porque al tiempo del eclipse de un pueblo donde se hallaba el padre [Cristóbal de Villalta], salieron los indios con sus arcos y flechas, y otros con palos, a la plaza flechando hacia el cielo e hiriendo los petates de las casas [...]. Salio el padre al ruido y procuró sacarlos de aquel engaño [... pues] ellos respondían que aquel eclipse significaba mortandad y enfermedades [...] que para librarse de esa enfermedad cercasen sus casas de espinos como

lo hacían. Entendiendo el padre [...] les declaró más de propósito su engaño y como Dios era el que daba la salud y la vida.⁶⁴

Una vez que la noción “Dios” era presentada a todos los indios, la siguiente noción fundamental para el seguimiento del proceso de enseñanza de la doctrina cristiana fue la inmortalidad del alma. Gracias a la observación de la cotidianidad de los habitantes, los misioneros jesuitas se dieron cuenta de que ya la población tenía conocimiento del alma, de que ésta era esencial en la vida del ser humano y se desprendía del cuerpo para partir hacia otra vida una vez que llegaba la muerte.

Para entender lo anterior es preciso recordar que según los indígenas, las circunstancias en las que había muerto la persona determinaba el destino del alma, pues se creía que “en la otra vida” el alma realizaba un largo viaje hacia el descanso eterno. De ahí que en las cuevas donde sepultaban a sus muertos, también ponían comida y bebida suficiente para el camino, incluso armas.

Como los jesuitas tomaban por ignorancia, confusión o ceguera todo aquello que fuera diferente a los dogmas de la religión católica, fue imprescindible la enseñanza de lugares llamados “cielo”, “purgatorio” e “infierno” así como de la manera correcta de enterrar a un muerto para sustituir la concepción nativa por la suya.

A través de pláticas conmovedoras, además de imágenes o cuadros (traídos tiempo después a las misiones) y alguna que otra representación teatral se les enseñó a los indígenas que el lugar a donde van las almas depende de la forma en cómo viven y se comportan los hombres. El esfuerzo constante por parte de los jesuitas de crearles a los indígenas la

⁶⁴ *Ibid* p. 202.

necesidad de salvar su alma, fue fundamental para propiciarles la asimilación de estos conceptos.

De los primeros [conceptos] que se deben enseñar a estos gentiles, que son medio ateístas, es el de la inmortalidad del alma; de la cual ellos se tenían muchos principios o verdades, aunque confusas, sobre las cuales cae muy bien y dan asiento a la del premio de los buenos, y el castigo de los malos.⁶⁵

Nada les fue más efectivo para la explicación de estos lugares que el uso del premio y el castigo. Mientras el cielo era descrito como el destino deseado donde el alma alcanza el bienestar y la alegría eterna, el infierno era relatado como el castigo eterno; los misioneros con sus pláticas se encargaron de crear temor en los indios y amenazarlos con las penas que experimentarían si se negaban a escuchar la doctrina y continuaban en sus antiguas creencias.

Con la dramatización e intensidad retórica usada por los misioneros jesuitas en sus sermones, se ejemplificaban ideas detalladamente estimulando la imaginación, el uso de los sentidos y la conciencia de sus oyentes para fortalecer su progreso en el adoctrinamiento. Tal era la energía impresa por los misioneros para que el infierno fuera entendido como el lugar de castigo, asociado a un fuego abrasador que torturaba eternamente; por medio de él procuraron inspirar miedo y sentimientos de culpa en los indios constantemente bajo el aprovechamiento de cualquier circunstancia que permitiera la asimilación individual de lo que éste significaba.

Sirva de ejemplo la misión de Parras, donde el misionero Francisco de Arista aprovechó la curiosidad de un joven indígena sobre el infierno para dialogar con él logrando así, gracias a su edad, el deseo por convertirse en cristiano y salvarse del trágico destino.

⁶⁵ *Ibid* p. 412.

Mirando pues el indio la viveza y actividad del fuego en la yerba y paja seca, preguntó al padre: Es como esto el fuego que dicen que hay en el infierno? El padre le respondió que aquel era pintado en comparación del otro. Volvió a preguntar: si se acababa tan presto como aquel? Respondióle que no tenía fin el que padecían los malos que se condenaban. Aquí el indio replicó: pues padre, que remedio tendré para no ir allá? La respuesta fue que se hiciese cristiano y guardase la ley de Dios.⁶⁶

Se trabajó detenidamente en que los indios hicieran entera conciencia del infierno, de forma que fue fundamental agregar junto con éste los conceptos del “demonio” y el “pecado”. Ambos fueron descritos a través de pláticas con la misma fijación negativa; los misioneros, apoyados en el ejercicio espiritual sobre la meditación del infierno, con estruendosa voz declaraban sentencias sobre el acecho continuo del demonio en la vida terrenal para poseer el alma y esclavizarla en ese hórrido lugar para siempre.

Se valían de la estimulación en la imaginación en sus oyentes procurando que ésta les causara sentimientos de rechazo a todo lo “demoníaco”, es decir, a toda acción o pensamiento, mejor conocido como “pecado”. La noción del pecado, en específico, servía para señalarle a los indios que sus viejas formas de entretenimiento (fiestas celebradas con bailes y bebidas embriagantes), así como el comportamiento derivado de sus ideas y prácticas religiosas, no eran más que engaños del demonio para mantenerlos en la ignorancia de las cosas de la fe verdadera.

Porque habían concurrido muchos gentiles, y era grande el número de los que bailaban; ejercicio que no lo usaban sino de comunidad, bailando juntos centenares de ellos en rueda. [...] Les predicó uno de los Padres que ahí estábamos, que era grande lengua de la fealdad y engaños con que es el enemigo del género humano los traía perdidos. Plática con que se rindieron, y ofrecieron para una hoguera que se encendió en aquel campo, todas aquellas figuras [de ídolos].⁶⁷

⁶⁶ *Ibid* p. 681.

⁶⁷ *Ibid* p. 425.

Hasta aquí, pareciera que los misioneros se dedicaron en primera instancia a dar a conocer el sufrimiento que le espera al hombre de continuar en la ignorancia con sus ídolos y su vida pecaminosa. No obstante, dicha dedicación en la introducción del demonio y el pecado, se debió a la intención de estimular a través de sermones, sentimientos de vergüenza y culpabilidad en los indios para después exhortarlos al arrepentimiento de sus pecados.

Hubo una india, que acordándose de lo que había oído en los sermones, se huyó de la mala compañía de un hombre que la había engañado, y caminó sola treinta leguas, hasta llegar al pueblo donde yo estaba [...] se hincó de rodillas, con tanto arrepentimiento, que me pidió con muchas lágrimas, que le diese el castigo y penitencia que sus grandes pecados merecían.⁶⁸

Hacer conciencia de los pecados y demostrar voluntad para poner en marcha las prácticas cristianas, fue la única solución que los misioneros dieron a los habitantes para purificar su alma y alcanzar la salvación. Además, hacían hincapié en que era necesario apresurarse a aprender las nociones básicas y hacer concepto de ellas mientras había tiempo, pues no se sabe cuando tendrían que partir a la otra vida.

Fue así como la introducción oral de nociones y significados importantes para la asimilación indígena de la doctrina cristiana, sirvió de base para las muestras públicas de las actividades pastorales (bautizos y confesiones) que constituyeron el seguimiento del trabajo educativo informal. La intención principal de estas actividades fue la mudanza de costumbres paganas por las cristianas.

Normalmente, la enseñanza de las nociones básicas se impartía de cinco a ocho días; durante esos días se preparaba la mente de los indígenas de forma que los conceptos e ideas

⁶⁸ *Ibid* p. 79.

forjaran su mundo inmediato para después disponerlos a la participación colectiva de actividades religiosas. Una de las actividades principales con la que los misioneros daban continuidad a la inclusión de estos conceptos en el ambiente cotidiano fue la misa.

La preparación [catequística] para ellas [las rancherías de la nación Zuaque] era algunos días antes, acudiendo a la doctrina y gastando en ella dos horas por la mañana, y otras dos por la tarde, los varones en el coro, y las mujeres en el cuerpo de la Iglesia.⁶⁹

Sonando una campana o a veces una trompeta se daba la señal a todos los indios para reunirse en las zonas más altas de los pueblos o donde comúnmente notaban que los indios hacían altares a sus ídolos; recién llegados, los misioneros levantaban cruces en estos lugares y sentaban a los indios de forma que centraran su atención en sus movimientos, sus actitudes y sus relatos. Se ocupaban los espacios convenientes para congregar a la mayor cantidad de indios que al principio rebasa el cupo en las Iglesias improvisadas. “Era menester a veces predicarles en el campo porque la muchedumbre de gente no cabía en la Iglesia; oían el sermón con tal atención, que nadie hablaba palabra, lo cual era de estima en gente tan nueva”.⁷⁰

Las misas se realizaban varias veces al día para avanzar en la enseñanza de los misterios de fe, pero sobretodo tenían el propósito de crear un entorno donde la convivencia entre los habitantes se transformara para facilitar nuevas dinámicas sociales y con esto, el asentamiento de la nueva sociedad cristiana. Familias y vecinos que posiblemente no interactuaban entre ellos o bien sostenían continuas guerras o descontentos, antes de la llegada de los misioneros, eran reunidos unos con otros en un mismo lugar al menos por una hora, dos veces al día.

⁶⁹ *Ibid* p. 197.

⁷⁰ *Ibid* p. 329.

Durante la misa, los jesuitas se fiaron de las técnicas de memoria y de emulación de acciones para la enseñanza de los fundamentos de la fe cristiana. Repetían una y otra vez las oraciones a veces con cantos y música (acontecimiento llamativo y eficiente en los indios) para que logran aprenderse de memoria.

Acudían a doctrina, a misa aún los días entre semana y los muchachos, y mozos de las capillas a aprender canto, leer y escribir, a celebrar sus fiestas y a los demás ejercicios, que se han contado en estas misiones. De los niños y niñas, que divididos en ruedas todas las mañanas aprenden las oraciones de la doctrina, añadiré aquí una cosa de devoción en esta edad.⁷¹

Además, se aprovechó ese tiempo para transmitir los movimientos corporales del culto cristiano como arrodillarse, persignarse y agachar la cabeza en señal de respeto a Dios. Con el paso del tiempo, el asistir a misa se convirtió en una costumbre muy concurrida por los indios, de manera que quien no asistiera se le veía diferente en la sociedad.

El más precioso fruto de estas misiones, es que todas las mañanas al toque de campana, unos vienen a oír misa aun en días de entre semana, y después de ella todos a la doctrina, para que se hace segunda señal y los días de fiesta sin faltar ni una persona chica, ni grande, a lo uno y lo otro.⁷²

Si bien no faltaron los indios resistentes a la asistencia a misa, con las procesiones se logró llamar la atención de aquéllos que incluso se escondían para no participar en las actividades; de forma que se consiguió propagar entre los indios la solemnidad y la emotividad con la que se manifiesta el culto cristiano.

Éstas constituyeron una de las prácticas informales más concurridas y significativas en las misiones por ser recorridos colectivos donde se reunían los misioneros, los indios y los españoles, grandes y chicos, para manifestar públicamente el evangelio y demostrar que

⁷¹ *Ibid* p. 249.

⁷² *Ibid* p. 430.

tanto se había aprendido sobre la nueva religión. La esencia dramática de las procesiones, así como el uso de símbolos característicos de la nueva doctrina (cruces, rosarios, veladoras y vestimenta indumentaria) contribuyó a la incorporación de indios en el camino quienes sorprendidos por el orden y la pomposidad salían de sus chozas, ranchos o escondites para acercarse al desfile.

Generalmente, las procesiones se celebraban aprovechando las fiestas tradicionales de la Iglesia católica, tales como Cuaresma y Semana Santa, entre otras; pero, con tal de reforzar los conceptos en los indios decididos a aprender y a la vez hacer equipo con ellos para integrar a los indios que hasta el momento se mostraran indiferentes o a la defensiva, se ponían constantemente en acción procesiones, las cuales con su riqueza de contenido en cuanto a las cosas de la fe, resultaron ser eficientes para el adoctrinamiento.

Aunque no es Semana Santa se hacen tres procesiones, una de varones, otra de mujeres, otra de niñas y niños. La primera fue de sangre, y para ella tienen de respeto mucha cantidad de túnicas y capirotos, con que van cubiertos con mucha decencia [...] y lo mismo las mujeres aparte; [Todos ellos] van delante de la procesión, llevando una cruz en una mano y en otra el rosario, rezándolo con grande devoción y silencio. [...] Los niños y niñas de la tercera procesión, que van apartados en sus hileras, llevan en la cabeza unas coronitas de espinas, y una cruz pequeña a las espaldas, su rosario en la mano rezándolo con mucha devoción, sin hablar ni levantar los ojos del suelo; y después de estos se siguen los que son más grandecitos haciendo disciplina. A todo lo cual los inducen sus padres y madres, y aun los llevan en brazos con estas insignias cuando no tienen fuerzas para andar.⁷³

Las procesiones fueron actividades donde acudían muchos indios de todas las edades, fueron ganando popularidad por la participación de chicos y grandes, familias enteras y vecinos que se unían a su paso. Comúnmente, los misioneros encabezaban las procesiones haciendo sonar una campana a lo largo de todo el camino, justo detrás se hallaban indios y

⁷³ *Ibid* p. 198.

españoles sosteniendo cruces, rezando rosarios y cantando oraciones lo suficientemente claro y fuerte para hacerse acreedores del perdón o el favor divino que podían obtener.

Cabe mencionar que había dos tipos de procesiones, la primera, denominada “procesión de luz” en la cual niños, niñas, mujeres y hombres iluminaban la noche con velas o antorchas mientras desfilaban en hileras rezando y cantando oraciones; la segunda, llamada “procesión de sangre”, fue practicada en un principio sólo con hombres por la crudeza del espectáculo, pues desfilaban en silencio con prendas que cubrían su rostro mientras se herían unos a otros la espalda o los brazos. Los indios asimilaron rápidamente esta última y participaron devotamente por el gran parecido que tenía con sus rituales de sacrificios humanos.

Tanto misas como procesiones fueron actividades que introdujeron los misioneros para ejercitar los nuevos conceptos y significados cristianos en la sociedad, favorecían el intercambio de información y sentimientos de unos con otros, además de forjar un nuevo tipo de convivencia que los alejaba cada vez más de las antiguas ceremonias. Si bien misas y procesiones fueron actividades diferentes entre sí, tuvieron la similitud de dirigir a los participantes hacia el mismo objetivo evangelizador; su papel pedagógico consistió en la creación frecuente de situaciones cotidianas de enseñanza-aprendizaje.

Los padres misioneros guiaban estas situaciones siempre predicando con el ejemplo y aprovechándose del contexto; ellos eran conscientes que debían acentuar sus movimientos y dramatizar en sus sermones para atraer cada vez a un mayor número de indios y con esto hacer que ellos se sintieran motivados a escucharlos continuamente e incluso participar en lo que se decía.

Eso sucedió con los niños y niñas indios de las rancherías y villas de la misión de Parras; se mostraron más participativos al escuchar campanas y cantos que lograban percibirse a varios metros de distancia porque seguramente hacían eco entre las montañas. Con su inocencia, les era atractivo ver imágenes o símbolos religiosos y escuchar cantos y sermones, despertando su curiosidad y creándoles la necesidad de aprender más y más sobre la nueva doctrina.

Los niños que son los primeros, que con esta leche se crían, acudían con tanta diligencia, y presteza, que traían competencia sobre quien venía primero [a escuchar misa], y quien daba mejor cuenta de la doctrina. Y aún sucedía, que los más diligentes venían antes del día, dando voces por las calles, y despertando a los dormidos; y algunos de ellos preparados con ramas de árboles del monte, para barrer la iglesia todas las mañanas”.⁷⁴

Similarmente, la “gente moza” como Pérez de Ribas denomina a la gente que va de la niñez a la juventud, por su tenacidad y rapidez para aprender, imitaban las acciones de los españoles por tener conocimiento previo de las ceremonias cristianas o de sus familiares y vecinos quienes ventajosamente ya habían aprendido a rezar las oraciones y a respetar ejemplarmente las reglas de comportamiento. Teniendo en cuenta esto, para no rezagarse de la asistencia a misas o procesiones, sucedió que fue común en los indios jóvenes de la sierra de Topia el “estarse desde la mañana a la noche, sin acordarse de ir a comer aprendiendo las oraciones y Catecismo, y eso por algunos días”.⁷⁵

Por otro lado, la gente mayor reconocida por su resistencia y timidez ante el aprendizaje de los misterios de la fe, se abrieron volitivamente a la enseñanza de nociones y oraciones cristianas gracias al fervor del misionero y el visible nuevo comportamiento de sus parientes más jóvenes. Sin embargo, no se descartan los casos de indios mayores que

⁷⁴ *Ibid* p. 683.

⁷⁵ *Ibid* p. 473.

aprendieron bajo la amenaza del castigo divino de enfermar y morir, en caso de no “hacer las paces” con los padres misioneros y someter sus creencias para aprender las nuevas.

Aunque misas y procesiones fungieron como situaciones de enseñanza-aprendizaje donde los indios de todas las edades aprendían colectivamente el contenido de la doctrina, la labor misionera jesuítica no se limitó a forjar el ambiente exterior de los indios. Los misioneros buscaron tiempos y maneras de originar la apropiación indígena del nuevo mundo dado a través de sus particularidades, esto se vio reflejado exclusivamente en las técnicas de oración.

La oración fue una práctica informal igualmente importante para la enseñanza de la doctrina cristiana, a diferencia de misas o procesiones, la oración debía partir de la individualidad de cada indio hasta llegar a exteriorizarse y con eso constituir una forma de adhesión a las nuevas actividades cristianas. La complejidad para dicha práctica radicó en la existencia de diversas oraciones con intenciones y composiciones distintas entre sí. No obstante, con la finalidad de transmitir a los indios esas oraciones indispensables para rendir culto a Dios, surgieron técnicas cuyas características fueron de acuerdo a los ritmos y formas de socialización propias de los indios.

Es decir, en las misas se aplicó la clásica técnica repetitiva de la oración; con varios llamados al día se logró que los indios asistentes repitieran varias veces la misma oración hasta el grado de aprender sus frases de memoria y las recitaran por su cuenta en cualquier ocasión que las recordasen. Pongo por caso la situación de una familia de indios zuaques:

El fervor en aprender bien la doctrina en sus casas, era tal, que el padre en la suya los oía rezar algunas veces hasta media noche, y era tal esta frecuencia que niños de pechos, hechos

a oír a sus padres palabras de la doctrina cristiana, gorgojeaban, y se despertaban a hablar, repitiéndolas.⁷⁶

Esto refleja la transmisión de oraciones a través de la estructura familiar debido a que los niños pequeños escuchaban continuamente de sus padres palabras o frases de oraciones que ellos naturalmente balbuceaban por imitarlos.

La técnica repetitiva de la oración tuvo una variante más dinámica y atrayente, ésta ayudó a que las experiencias cotidianas de aprendizaje para los indios parecieran propias de sus antiguos ritos ceremoniales y tuvieran una conexión con sus sentimientos ante la nueva divinidad. Me refiero a la oración repetitiva por medio del canto y la música; en voz alta se cantaba un Ave María o un Padrenuestro traducido en lengua indígena, de tal suerte que los asistentes guardaran el ritmo y las palabras de la canción en su memoria para repetirla diariamente. Los niños eran los destinatarios más afines a esta técnica pues organizados en dos círculos (uno de niños y el otro de niñas) fueron acostumbrados a recitar y cantar todas las mañanas y todas las noches, las oraciones en las zonas cercanas a sus hogares.

Un caso que considero particularmente fascinante por demostrar el interés que niños y niñas ponían en el aprendizaje de oraciones y el concepto que iban haciendo en sus inocentes mentes sobre las cosas de la nueva religión, fue el acto de fe que realizaron los indios mayos:

Un día, hallándolos el padre [Diego de la Cruz] que levantaban unas crucecitas en tierra, delante de donde estaba cada uno sentado; y preguntándoles, que para que ponían ahí aquellas cruces? Respondieron con inocencia cristiana de aquella edad que porque huyera de ahí el demonio y no les quitara de la memoria las oraciones que aprendían.⁷⁷

⁷⁶ *Ibid* p. 204.

⁷⁷ *Ibid.* p. 249.

El canto y la música revisten formas particulares del culto divino según la iglesia católica, razón por la cual fueron actividades típicas para la formación cristiana de los indios dentro de los seminarios jesuíticos. Al final de las misiones circulares, los misioneros llevaban consigo a los niños considerados más talentosos y entusiastas para que por el lapso de una o dos semanas aprendieran a tocar instrumentos (tambores, trompetas, flautas o panderetas) y a cantar oraciones y alabanzas con la finalidad de que al regresarlos a sus ranchos o serranías enseñaran a sus amigos o familiares lo aprendido.

Fue así como los padres misioneros comenzaron a elegir a aquellos indios con mejor voz o aptitud musical para que pertenecieran al coro de la iglesia o fueran las primeras voces durante las procesiones, demostrando su capacidad ante familiares y vecinos poniendo el ejemplo a aquéllos que se encontraran en desventaja en el conocimiento de las oraciones. Ahora bien, como todo lo anterior se llevó a cabo durante el curso de las misas o los recorridos solemnes de las procesiones, surge la pregunta ¿cómo llegaron a aprender las oraciones aquellos indios que se mantuvieron alejados de la participación colectiva en misas o procesiones, ya fuera por necesidad o enfermedad?

La respuesta es sencilla, los misioneros jesuitas se apoyaron ventajosamente del oficio de los tematchianos; recordemos que ellos tenían la vocación de enseñar a los indígenas. A partir de este hecho, se asume que una vez instruidos en la nueva doctrina y con su participación cotidiana en las nuevas prácticas religiosas, siguieron su vocación educativa haciendo uso de su conocimiento sobre la personalidad de los indios en cuanto a su proceso formativo y así, ayudaron a los misioneros con la enseñanza de la nueva doctrina. La técnica de las piedras fue utilizada especialmente por los tematchianos para enseñar a los

indios las oraciones, la he denominado de esta forma debido a la naturaleza de dicha técnica.

Se aprovecharon de un modo y arte de memoria local, acomodado, poniendo en cerco unas piedrecitas, y en cada una de ellas por su orden, colocaban la palabra, o dicción de las oraciones que repetían. [El tematchiano], con una varita en mano, iba señalándolas y corrigiéndolas con mucha alegría al que erraba.⁷⁸

La oración, pues, comenzó a instalarse entre los evangelizados como una práctica fundamental que denotó devoción y aprendizaje por parte de los indios del noroeste. Como resultado comenzaron a popularizarse la “oración de las 24 horas” o “la hora de las ánimas”, las cuales fueron celebraciones litúrgicas donde al oír la campana del llamado a misa, los indios llegaban a la iglesia de rodillas y rezando oraciones pedían favores a Dios o bien recordaban a sus seres queridos difuntos.

Conforme pasó el tiempo, los misioneros encontraban diversas formas de colar las típicas prácticas católicas a la vida cotidiana de los indios del noroeste. Esto suscitó que ellos comenzaran a actuar diferente, algunos más conscientes que otros; una vez que se introducía la nueva cosmovisión por medio de conceptos y prácticas, el siguiente paso era incorporar al adoctrinamiento medios religiosos que marcarían un nuevo funcionamiento social católico.

⁷⁸ *Ibid* p. 479.

Capítulo 3. Una comunidad moral: hacia la transformación social.

La enseñanza de nociones y oraciones básicas a través de los medios y técnicas mencionados constituyó en indios pequeños, jóvenes y viejos, la asimilación de contenido teórico-práctico que propició progresivamente la re-significación cristiana de sus ideas y costumbres indígenas para la pronta administración de los sacramentos.

Clérigos de las demás órdenes mendicantes juzgaron fuertemente a los jesuitas por ser frecuentes administradores de los sacramentos en las zonas de misión, pues tachaban a los indios de salvajes, incapaces de comprender el significado de esos ritos sagrados fundamentales para la entrada y permanencia en la Iglesia católica.

No obstante, los jesuitas despreocupados de lo que se pensaba de ellos, durante su labor evangelizadora utilizaron sabiamente los sacramentos para educar a la sociedad y organizar sus estructuras sociales de forma que concordaran con el comportamiento de un pueblo cristianizado. A la vez, los sacramentos les ayudaron a extender los ritos y creencias de indio en indio hasta lograr la transformación de su “salvajismo” en comportamiento “civilizado”, según el enfoque cristiano-occidental.

Se buscó que la administración de sacramentos fuera pública y numerosa, con miras a mantener alejados a los indios cristianos de sus antiguos ritos de adoración y en su lugar fomentar la cooperación social en el seguimiento de los sacramentos y así iniciar correctamente su nueva vida como “hijos de Dios”, es decir, como cristianos.

3.1 Aplicación de sacramentos para la formación de un comportamiento moral.

Los sacramentos además de haber sido prácticas importantes para los misioneros por considerarlos alimentos sagrados para el alma, igualmente representaron la función organizadora y reguladora de actitudes y principios morales que a partir del bautizo, los indios debían asimilar individualmente para su salvación y, colectivamente, para la práctica correcta de ceremonias y la transmisión de sentimientos colectivos.

Todas las misiones jesuíticas circulares comenzaban con bautismos y culminaban con confesiones generales, esto debido a que su significado espiritual representaba la oportunidad indígena de comenzar desde cero y revelar toda mala acción de la que estuvieran arrepentidos para limpiar sus pecados y ser incorporados a la nueva religión.

Sin embargo, para que los sacramentos verdaderamente representaran signos visibles de aceptación indígena a la nueva fe y con ello su compromiso por aprender a comportarse, respetar todas las nuevas reglas, frecuentar las buenas costumbres y abandonar sus vicios, los misioneros esperaban generalmente ocho días antes de bautizar a jóvenes y adultos mientras los educaban en lo básico de la doctrina cristiana para asegurar la correcta administración del sacramento.

Los sacramentos fueron administrados a diferentes indios en distintos momentos de la vida, según su condición y circunstancia; por ejemplo, generalmente los primeros en ser bautizados eran los niños y niñas, pues por su inocencia y la practicidad que implicaba el educarles en la doctrina era más fácil su asimilación al mundo católico. Por su parte, los tematchianos quienes por su vocación a enseñar aprendían rápidamente las oraciones y los

principios de la fe, “eran los primeros adultos que se bautizaban, a quienes otros de sus parientes seguían”;⁷⁹ hecho que seguramente les sirvió a los más pequeños y algunos jóvenes quienes imitando a su maestro de doctrina se sumergieron más en el aprendizaje de la nueva religión.

Algo distinto pasaba con las mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, dado que los misioneros llegaron a conocer sus características particulares en cuanto a su gran capacidad para aprender y sus maneras para asimilar la nueva doctrina. Posterior a los ocho días de la instrucción pre-bautismal, les aplicaban un examen oral de doctrina donde juzgaban si los indios ya habían entendido los principales misterios de la fe, las nociones básicas y las oraciones. Si el misionero juzgaba que los indios ya conocían lo indispensable, los bautizaba sin más tiempo que perder.

Porque a las preguntas de doctrina cristiana, respondían niños, viejos, hombres y mujeres, y de todas edades, salteándose las, y por diferentes palabras de las que están en el catecismo y respondían a ellas con mucha presteza y sin turbarse. Y no solo en estas preguntas, sino a muchas otras, de cosas que no están en el catecismo, sino de las que se les predicaban: esto es, del lugar que hay debajo de la tierra, dedicado para castigo de pecados; del fin para que sirven las imágenes en los templos; de lo que ha de hacer el enfermo que se halla en pecado y no tiene copia de confesor...⁸⁰

Los bautizos, como primer sacramento, comenzaron a organizar a la sociedad y transformarla desde su estructura primaria, es decir, la familia. Si niños pequeños de una misma familia ya habían sido bautizados y a su madre o padre no los hallaban preparados para bautizarse, separaban a padres e hijos, con la exhortación de entregarlos a los misioneros para enseñarles junto a otros niños del lugar el catecismo, canto y costumbres de la doctrina cristiana.

⁷⁹ *Ibidem*

⁸⁰ *Ibid* p. 394.

En algunos casos, para el bautizo, fue requisito entregar ídolos que tuvieran escondidos en sus chozas o símbolos que rectificaran su “pacto con el demonio” (término usado por los jesuitas), esto ayudaba a aquellos indios que por ser más lentos en cuanto la asimilación y aprendizaje de la nueva doctrina podían dar la verdadera señal de fe de entregar algo preciado para ellos y en su lugar recibir ese santo sacramento.

Fue así, como los indios bautizados debían comenzar a comportarse y vestirse de otra forma, hecho que puso a los indios no bautizados en desventaja y en evidencia para que los misioneros jesuitas pudieran intervenir por diversos medios en su formación cristiana. Los misioneros identificaban a los indios bautizados por el nombre, que cambiaba al recibir el bautizo, la cabellera corta o recogida de los indios que hasta antes del bautizo dejaban larga en señal de valentía y barbaridad y la asistencia frecuente a las actividades informales antes descritas.

Después del bautizo de todos o la mayoría de los indios, los misioneros consideraban listos a los indios mozos y adultos, específicamente, para escuchar dos o tres sermones al día los cuales “reiteraban consejos relativos la laboriosidad, la castidad, la obediencia y la generosidad”,⁸¹ de esta forma se les infundían sentimientos de culpa y arrepentimiento para conducirlos al sacramento de la confesión tan necesario para limpiar su vida de las manchas del pecado.

El adoctrinamiento que los misioneros llevaron a cabo para lograr el sacramento de la confesión en los indios, comenzaba con la narración de anécdotas de pecadores arrepentidos, donde se exaltaban los sentimientos de dolor para intentar conmover a los

⁸¹ Gonzalbo, Pilar, *Op. Cit.*, 1989, p. 177.

oyentes del bien que le hace al alma la búsqueda de la misericordia divina. Los misioneros establecieron ordinariamente que de dos a tres semanas era tiempo suficiente para que los indios recordaran todo sobre su vida pasada y aseguraran poder presentar una buena confesión para salvarse.⁸²

Tal fue la transformación social en los indios de esta edad con el sacramento de la confesión, que ellos mismos idearon una técnica con la que se les facilitaba comprender el sacramento y sobre todo asegurar una buena confesión recordando todos esos pecados que, por lo general, involucraban su antigua manera de vivir, pero que ya no iban más con el comportamiento deseable del buen cristiano.

En estas confesiones eran tan puntuales en el número, distinción y circunstancias de los pecados, [...] los que sabían escribir (que lo habían aprendido ya algunos) los apuntaban en papel, que para estas confesiones generales llevaban; y los que no escribían, señalando en unos cordelitos con sus nudos a trecho de sus pecados.⁸³

Esta técnica aplicada por varios indios de la provincia de Sinaloa para ejercitar en su memoria todas aquellas faltas que era menester confesarle al misionero para cumplir con las reglas del comportamiento moral, fue empleada durante las confesiones generales. Cabe denotar que éstas albergaron la característica popular de juntar a varios indios a la vez para que confesaran sus pecados, con ellas se expresó colectivamente el lazo respetuoso que los misioneros habían creado con los indios, además de aprovechar el contexto y la disposición de los indios por confesar sus malas acciones y librarse de la culpa.

Fue evidente que la confesión imprimía un carácter moral en la nueva configuración social, se buscó que todo indio obrara conforme a las reglas de la Iglesia y pensara cada acción

⁸² Cfr. Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992 p. 205.

⁸³ *Ibid* p. 197.

desde el marco moral del bien y el mal. Con esto los misioneros podían mantener vigilados a los indios de no delinquir o caer en viejos vicios y en su lugar ocuparlos con las nuevas prácticas religiosas facilitando así la administración del sacramento de la penitencia.

La penitencia fue otro rito sagrado que justo por encontrarse después de la confesión ayudaba al orden y la sujeción de la sociedad a los aspectos morales. Este sacramento demostraba el sacrificio que el indio estaba dispuesto a hacer para mostrar arrepentimiento, los misioneros dictaban cuál era la penitencia necesaria según la gravedad de los pecados confesados y las características de los indios penitentes. Con lo anterior me refiero a que la participación en las procesiones de sangre era especialmente penitencia para niños y hombres, mientras que para las niñas, mujeres o ancianos, la asistencia diaria a misa y oración frecuente bastaba para alcanzar el perdón.

La disciplina debía ser continua y constante para que una vez experimentados en los sacramentos de la confesión y la penitencia, los misioneros pudieran administrarles el sacramento de la comunión o Eucaristía. Los misioneros decidían cuándo era conveniente administrar la comunión, ya que este sacramento fue uno de los más significativos, los indios debían mostrar una verdadera mudanza de costumbres, obediencia y perseverancia en cuanto a su esfuerzo por enmendar sus pecados.

Como ejemplo está el caso de la nación tegueca, cuyo medio para administrar la Eucaristía “era decirles que si en tanto tiempo se enmendaban de tales pecados, o faltas, se les admitiría a la sagrada comunión”.⁸⁴ Los misioneros tenían claro que no todos lograban enmendar sus malas acciones o hacer concepto correcto de la autoridad moral que

⁸⁴ *Ibid* p. 197.

representaba este sacramento en la vida de los indios, es por eso que para su correcta administración se realizaba una elección cuidadosa de los indios considerados aptos para la comunión. Los padres por medio de una lista, daban a conocer a los indios elegidos para la comunión, esto marcaba una gran alegría en los escogidos y un poco de resentimiento en los no escogidos pues eso significaba mostrarse en desventaja según el aprendizaje de la nueva religión.

Para intimar, pues los padres de doctrina, y uso de tan divino sacramento, comenzaron a introducirlo con elección de esta gente, [...] el ser elegidos para comulgar, lo estimaban por tan singular favor, que con grande aprecio y preparación de confesarse con mucho examen, y haciendo algunos confesiones generales, llegaban a recibir este pan celestial, echándose de ver en los que comulgaban mayor aprovechamiento de vida y costumbres. Solo el verse escritos en la lista de los que comulgan, basta para que anden muy atentos al orden y concierto de sus almas.⁸⁵

El matrimonio fue otro de los sacramentos, el cual también transformó la conformación de las estructuras sociales. Antes de la llegada del evangelio, los indios (principalmente caciques) acostumbraban a tener muchas mujeres y juntarse o separarse a su libre albedrío. En contraste, en el nuevo modo de vida adaptado a las concepciones morales del catolicismo, los misioneros consideraron a los indios como viciosos en la sensualidad y multiplicidad de mujeres por lo que creyeron oportuno coordinar las obligaciones de hombres y mujeres mozos en edad de casarse para introducir el uso cristiano del matrimonio, el cómo la unión entre un hombre y una mujer debía ser indisoluble y que si se pretendía aspirar a ser un buen esposo cristiano o buena esposa cristiana, debían actuar conforme a la ley de Dios.

Todo hombre con muchas mujeres debía elegir sólo a una y nunca separarse de ella, por otro lado, toda mujer debía dedicarse únicamente a su esposo e hijos. Las actitudes

⁸⁵ *Ibid* p. 368.

recomendables de la familia en la sociedad colonial, sin duda, fueron la laboriosidad del hombre para ser capaz de mantener a su familia y el cuidado de la mujer en cumplir con las tareas domésticas del hogar.

Autores estudiosos de la historiografía novohispana, como lo son Pilar Gonzalbo y Robert Ricard, coinciden en que la poligamia fue una de las costumbres paganas más difíciles de erradicar entre los indios y consideran que aunque los misioneros instruyeron sobre el matrimonio cristiano “con miras a la formación de una familia cristiana y a la crianza de unos hijos que dieran gloria a Dios y honrasen a sus padres”,⁸⁶ los indios pudieron haber aparentado el vivir con una sola mujer y a escondidas continuar con sus amoríos o placeres carnales.

Aún así, en los pueblos del noroeste se intentó con paciencia llamar la atención de indios e indias por medio de pláticas y sermones para concientizarlos de lo que marcaba el contrato de matrimonio según la vida cristiana; en algunos casos, los indios no ponían resistencia alguna para elegir sólo a una mujer con la que quisieran unirse para siempre conforme los ritos de la nueva religión, pero en casos extremos recurrieron a la amenaza de no admitirlos en la Iglesia ni prestarles atención, si no apartaban a las demás mujeres de su vida.

Prueba de esto será un caso particular, que sucedió con un indio principal: llegó este con un hijuelo suyo a saludar al padre, queriendo besar la mano; el padre no lo consintió [...] no quería que se la besase, pues tenía dos mujeres y no trataba de hacerse cristiano como los demás lo hacían. Esta acción fue medio con que le movió Dios, de suerte, que se fue luego a su casa y habiendo echado fuera a una de las mancebas, y aun del pueblo, con la otra volvió diciendo: padre, yo me quiero bautizar y vivir con sola esta mujer, como cristiano.⁸⁷

⁸⁶ Gonzalbo, Pilar, *Op. Cit.*, 1989, p. 150.

⁸⁷ Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 166.

De esa forma se fue modelando, ya fuere total o parcial, honesto o deshonesto el uso cristiano del matrimonio; le permitió a los misioneros educar a los indios jóvenes conforme la acomodación de la sociedad desde el ámbito familiar, con lo que facilitó la transmisión de esa tradición cristiana de generación en generación, pues aquellos adultos unidos en matrimonio cristiano con el paso del tiempo podrían instruir a sus propios hijos hasta la edad de casarse bajo los mismos principios.

Por último, la extremaunción fue el sacramento que caracterizó la posibilidad de los misioneros para apresurar la enseñanza del catecismo y la doctrina cristiana específicamente en los indios víctimas de epidemias o afectaciones normales de la salud debido a la edad. La administración de este sacramento representó todas aquellas situaciones especiales las cuales aprovechaban los misioneros para salvar las almas de los indios que se encontraban en pecado y a muy poco tiempo de morir. En un principio los indios hicieron concepto de este sacramento en relación con sentimientos de miedo y negación, pues al ser un sacramento administrado al final de la vida, creían que dicho ritual atraía la muerte, idea que los llevaba a esconder a sus enfermos.

Los misioneros, al darse cuenta de esta situación, se valieron de la persuasión en sus sermones para sacar esas ideas de las mentes de los indios y cambiarlas por la esperanza y la expectativa de milagros o acontecimientos divinos. Se predicó entonces a los indios la necesidad de este sacramento para salvar el alma de sus enfermos y esperar la posibilidad de recobrar la salud corporal o bien asegurar su estancia con Dios.

El padre [Cristóbal de Villalta] trabajó mucho en deshacer otros enredos y nuestro Señor ayudó en casos particulares que sucedieron, para que perdiesen el miedo que tenían a este

santo sacramento; y se vinieron a persuadir antes de este remedio (como lo es) muchas veces para alcanzar la salud corporal.⁸⁸

Los misioneros se empeñaron en aclarar el significado real de este sacramento para que los indios ya no demostraran miedo a la extremaunción y, por el contrario, estuvieran pendientes de avisar al padre cuando alguien enfermaba para que éste fuera instruido en la doctrina y administrado con los sacramentos antes de que le llegara la muerte.

3.2 La edificación de Iglesias y su participación.

La frecuencia de los sacramentos demostraba la eficacia de los misioneros en la evangelización de los indios, poco a poco se iba entablando su uso a lo largo de los poblados y con esto se añadían cada vez más indios a la enseñanza de la doctrina y a la costumbre de esos remedios de salvación. Con la administración de sacramentos se logró juntar a los indios y afianzar su entrada a la vida cristiana aumentando el número de participantes en las ceremonias cristianas; se volvía necesario, entonces, pensar en la adecuación de espacios y monumentos que fueran de acuerdo al intento de civilización cristiana y al nuevo ideal social.

El proceso de evangelización se justifica con la conquista española, por lo que los asuntos de índole política van muy ligados a la labor educativa con la que se pretendía formar esa nueva sociedad en las tierras al noroeste de la Nueva España; para fortalecer la conquista espiritual y cumplir con el establecimiento de la Iglesia católica en tierras lejanas rectificando el triunfo de la Corona española sobre ese espacio territorial, se comenzaron a edificar iglesias.

⁸⁸ *Ibid* p. 203.

Una vez que los misioneros jesuitas llegaban a un lugar, predicaban el evangelio y bautizaban a los niños y niñas más pequeños. Después recorrían varias leguas a la redonda en busca de indios en las tierras vecinas para darles noticia del evangelio y convencerlos de dejar sus moradas para que pudieran ser catequizados y bautizados con todos los demás, proceso que tardaba alrededor de un mes.

Cuando se creía tener el suficiente número de habitantes para pasar por un pueblo constituido donde todos sus habitantes ya tuvieran conocimiento de las cosas de la fe, y -al menos la mayoría- estuvieran bautizados, los misioneros se daban a la tarea de preparar y declamar un sermón especial que les diera a entender a los indios el significado de la Iglesia como templo y casa de Dios, de ahí la importancia de edificar una más grande y duradera.

Fue así como se introducía primero la idea cristiana de la Iglesia como estructura sagrada y majestuosa para despertar el interés y la disposición de los indios de construirla después. Debido a que los misioneros trabajaron en la reducción a pueblos de rancherías, villas o serranías esparcidas por todo el noroeste (que incluían chozas de indios nómadas entre las montañas), se logró reunir a un buen número de indios quienes atentos a los sermones y pendientes de la asimilación de la doctrina cristiana a sus vidas, se unían a la edificación de su Iglesia y participaban activos acelerando su construcción y con esto el asentamiento de la cristiandad.

Particularmente en los últimos pueblos reducidos, los misioneros jesuitas se dieron cuenta que los indios asimilaban rápida y adecuadamente el concepto de la Iglesia, inclusive algunos de ellos se mostraban ansiosos y alegres por comenzar a edificarla. En algunos

casos llegaron a percibir competitividad entre los indios de pueblos vecinos por ser los primeros en construir la Iglesia más grande y mejor adornada.

Los [indios] huaquis alentados, y como antes se preciaban de más animosos y valientes para la guerra, que las demás naciones: ahora ya cristianos, pretendían que las otras no les hiciesen ventaja en lo que era propio de cristianos, y tener iglesias tan lucidas y vistosas como las demás.⁸⁹

La edificación de iglesias se fue dando lentamente en las misiones del noroeste por ser un proceso en el que se requería el tiempo y la disposición de los indios para llevarse a cabo. Al principio, los misioneros ocupaban montes o partes elevadas y centrales de los pueblos donde levantaban cruces y comenzaban a predicar los misterios de la fe; en ocasiones se beneficiaban con los monumentos antiguos de los indios para aprovechar el significado atribuido al templo sagrado donde se adoran a los dioses.

Conforme avanzaban los días, con la ayuda de los indios más afectos a las cosas de la nueva fe comenzaban a levantarse iglesias temporales hechas de paja o madera, éstas se convertían poco a poco en los lugares de adoctrinamiento donde indios niños, jóvenes y ancianos frecuentaban los sacramentos y escuchaban atentamente misas y sermones sobre las obligaciones que como cristianos debían seguir.

Después de aproximadamente un mes de la llegada de misioneros a ranchos y casas, los indios ya estaban congregados en uno o más pueblos, adoctrinados en los conceptos, oraciones y ritos cristianos y activos en la construcción de sus iglesias. El número de pueblos (o partidos) dependía del total de población y eran asignados convenientemente a los misioneros quienes debían velar por su cuidado para que todos recibieran frecuente

⁸⁹ *Ibid* p. 335.

doctrina “así en lo exterior y temporal, como en lo espiritual e interior de las almas”⁹⁰, como lo expresaría Pérez de Ribas.

Me parece importante recuperar la expresión de este misionero pues la edificación de iglesias trajo consigo consecuencias políticas, sociales y educativas que fueron conformando la personalidad católica de los pueblos indios y a la vez organizándolos con nuevas dinámicas sociales según las necesidades humanas y divinas de la nueva religión.

La construcción de iglesias se originaba desde el plano político, recordemos que los misioneros tenían la obligación de escribirles al gobernador y al padre provincial para informarles sobre la disposición de algún pueblo indio listo para la edificación de su Iglesia. Esto tenía un doble propósito, mantener el lazo político con sus superiores y demandar los recursos monetarios necesarios para adquirir ornamentos, vestuario, campanas e imágenes religiosas; todo esto normalmente tardaba algunos días en llegar por ser exportado desde la capital de la Nueva España.

Con lo anterior, la Iglesia católica como representante de la corona española en Nueva España, se volvía la institución encargada de la administración de recursos para la evangelización de los indios del noroeste, pues con el conocimiento del número de indios, el estado de cristiandad en el que se encontraban las naciones y la descripción del medio geográfico que los misioneros proporcionaban en sus cartas, se llevó un registro detallado de la población.

La edificación de iglesias en los pueblos del noroeste no sólo demostraba la eficacia de los misioneros con su labor misionera, también la estructura arquitectónica en sí, les servía de

⁹⁰ *Ibid* p. 458.

espacio para preparar sermones o escribir cartas a sus superiores. La Iglesia representaba el corazón del pueblo por lo que era el lugar a donde llegaban padres visitantes o gobernadores para supervisar el pueblo y confirmar los avances en el asentamiento de la doctrina.

Se buscó que los indios, aun con sus particularidades naturales, se unieran bajo las mismas creencias y sentimientos con la finalidad de avanzar hacia el mismo objetivo. Para ahondar en el estudio de la transformación social surgida entre los indios del noroeste considero necesario retomar la definición de Durkheim sobre religión y centrar la atención en su aspecto de la comunidad moral. Él llama Iglesia a esta comunidad moral y afirma que representa al grupo de personas que va creciendo en participantes, unidos según todo lo que hacen, demostrando lo que se cree.

En los pueblos de noroeste se buscó la creación de una comunidad moral que no sólo fuera incorporando más indios, sino que en todos, sin importar su edad, se despertaran intereses y aspiraciones cristianas en común, tomando a la estructura de la Iglesia no como un simple edificio, sino como el templo donde todos podían unirse con libertad y obligación.

En el nuevo ambiente cristiano, la Iglesia regulaba las acciones de los indios para que actuaran conforme a las normas de la moralidad católica. Se evitaba que tuvieran horas de ocio las cuales se creía que eran causantes de pecados y malas decisiones; fue por eso que les distribuían oficios a hombres, mujeres, niñas y niños según su edad y su fuerza ya fuere cargando madera o adobes para construir la Iglesia o tallando en madera signos sagrados como rosarios o cruces. Los tiempos de trabajo no debían sobrepasar cuatro o cinco horas,

pues además de no cargar de trabajo a los indios se debían respetar las horas de doctrina con las que se seguían entablando las costumbres y leyes cristianas.⁹¹

Fue así como con el paso del tiempo, los indios con ayuda de los misioneros y el sustento de la caja real, se esforzaron por mejorar sus templos; las Iglesias que comenzaron con enramadas de paja y cruces hechas con ramas de árbol, terminaron siendo construidas con adobes y decoradas con candelabros y campanas de plata u oro (metales extraídos de las minas del territorio), así como con emotivas imágenes de pasajes bíblicos y esculturas religiosas talladas en madera o barro.

La asimilación de estas costumbres y leyes cristianas fue más fácil una vez que ya estaba construida la Iglesia, los indios con tal de llegar puntuales a sus llamados a misa comenzaron a construir sus casas -ahora con materiales más duraderos- en lugares cercanos a la Iglesia. Dado que en el interior de ésta era el lugar indicado para administrar los sacramentos, los indios acostumbraron poco a poco a hacer uso frecuente, particularmente de la confesión, pues con las nuevas leyes cristianas era menester confesar los vicios para desarraigarlos y convertirse en buenos cristianos.

Esto conllevó muchos cambios de personalidad y apariencia física en ellos, por ejemplo, uno de los vicios más esforzados en desarraigar fue el de la desnudez; para poder entrar a la Iglesia en señal de respeto y devoción debían vestir modestamente, cubriendo sus cuerpos con prendas de tela más grandes. Como consecuencia de esto, las mujeres eran aconsejadas en tejer o hilar prendas más grandes de algodón, mientras que los hombres se vieron

⁹¹ Cfr. Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 429.

obligados a trabajar más tiempo o buscar en otro pueblo para conseguir prendas para él y su familia.

Y ya hoy a lo Cristiano, modesto y honesto, todos se cubren y visten. Y cuando por su mucha pobreza no hallan ropa con que adornarse, salen fuera de la provincia, a trabajar por buscarla, cuarenta, cincuenta, y más leguas. Y por volver el indio a su tierra con un vestido para sí y otro para su mujer, y más si es algo galano, de que mucho gustan, estarán trabajando medio año, y más tiempo, en algún Real de minas, o estancia de españoles.⁹²

Similarmente, desde el bautizo los hombres acostumbraron a usar el cabello más corto y las mujeres a cubrir su cabello con pañoletas, ambos dejaban de lado las incrustaciones de huesos y plumas con los que adornaban su cuerpo y en su lugar comenzaron a lucir vestidos y estilos más reservados.

La construcción de iglesias además de ayudar a asentar el cristianismo y conformar un nuevo tipo de sociedad apegada al evangelio y sus normas morales, impulsó el aspecto educativo de la doctrina cristiana en los indios. Robert Ricard, en su exhaustivo estudio sobre los métodos empleados por las empresas misioneras de otras órdenes mendicantes para lograr su objetivo de evangelización, subraya la parte del Códice Franciscano⁹³ donde justifica la propuesta de los franciscanos por erigir el “ornato, y aparato de las iglesias para levantarles [a los indios] el espíritu y moverlos a las cosas de Dios”⁹⁴ y ayudarles a incrementar el deseo y el gusto por las nuevas prácticas religiosas.

De ahí que la edificación de iglesias favorecía la motivación de los indios para frecuentar el culto a Dios y proseguir en su camino de aprender todo lo relacionado a la nueva religión.

No fue casualidad que la estructura de las iglesias fuera grande y espaciosa, esto era con el

⁹² *Ibid* p. 431.

⁹³ El Códice franciscano es una compilación de documentos escritos por fray Jerónimo de Mendieta donde relata historias del proceso de evangelización en indios del centro y alrededores de la Nueva España.

⁹⁴ Códice Franciscano citado en Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México*, México. Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 272.

propósito de que indios, españoles y misioneros convivieran en comunidad y pudieran ser adoctrinados cómodamente en un mismo lugar.

La Iglesia debía contar pues con un espacio digno de recibir al mayor número de indios posibles tanto afuera como adentro del templo. En el interior del templo era importante contar con un lugar especial para guardar el Santísimo Sacramento o lo que era la representación del cuerpo y la sangre de Dios con la hostia y el vino fundamentales para el sacramento de la Eucaristía; tampoco podían faltar las imágenes y esculturas como materiales didácticos reforzadores de sermones con los que se imprimía en los indios emociones a través de sus sentidos. Fuera del templo, el llamado “patio de la iglesia” era un terreno amplio rodeado por muros, donde se reunía a los indios para la manifestación de eventos cotidianos religiosos, es decir, misas, procesiones, entierros y festividades cristianas.

3.3 Celebración de las fiestas cristianas.

Antes de la conquista, los indígenas ya acostumbraban a realizar continuamente grandes fiestas y convites con bailes y música por el triunfo en alguna guerra, victorias sobre sus rivales en los juegos de pelota, bodas, sacrificios humanos, etc. Debido a la fastuosidad, duración y ruido de estas celebraciones hasta entonces “paganas”, los misioneros se percataron de la disposición que varios indios tenían para la música y el canto así como la facilidad, el gusto y la dedicación con que celebraban.

Fue así como los misioneros buscaron implantar las fiestas cristianas de tal manera que no contrastara con las fiestas de los indígenas. Se buscó que los indios “entendiesen que con la Ley de Cristo, no se les quitaban fiestas y alegrías honestas y santas en lugar de las antiguas

suyas profanas y atroces”,⁹⁵ procurando hacer evidente que al celebrar el culto divino en esa nueva religión, también participarían en alegres fiestas con espectáculos emotivos, aun así, era necesario reemplazar sus deidades prehispánicas y los motivos de los festejos por celebraciones solemnes capaces de erradicar el paganismo.

Para los misioneros jesuitas todo servía de enseñanza con tal de evangelizar, así pues, tomaron las fiestas para combinar la devoción con la diversión y la labor didáctica. Tiempo después, cuando la mayoría de la población ya estaba bautizada, los misioneros invitaban a españoles e indios a fiestas populares, procurando que todos en el pueblo y aun en pueblos vecinos supieran de la noticia para que participaran o al menos fueran lo suficientemente curiosos para asomarse y presenciarlas.

Convocáronse para la fiesta, así españoles como Indios, de los cuales ya el número de bautizados llegaba a más de mil, sin muchos gentiles, que también concurrían; celébrase la misa con la música, que admiraba, y tenían suspensos a los indios, como cosa tan nueva para ellos.⁹⁶

Como los indígenas eran amantes de las celebraciones, las fiestas se convirtieron en un medio eficiente para la congregación de españoles, indios cristianos y demás indios que hasta entonces se comportaban renuentes a la conversión.

Todas las fiestas eran de índole religiosa debido a que la iglesia necesitaba manifestaciones públicas y personales de culto divino; pero en la vida cotidiana de los indios éstas se desenvolvían en tres ámbitos: el espiritual, el social y el político. Cada una de ellas con un matiz específico, según el festejo pero con igual valor educativo por aprovechar decorados,

⁹⁵ Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 167.

⁹⁶ *Ibid* p. 44.

sermones, templos y la integración de vecinos de diferentes pueblos para impartir catequesis o una enseñanza moral.

En el ámbito espiritual se celebraron las fiestas litúrgicas, es decir, aquellas caracterizadas por ser solemnes aún celebradas en la actualidad por la Iglesia católica, como la Semana Santa, la Cuaresma, o el 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe. En los pueblos del noroeste, éstas fueron las fiestas principales con las que se podía ver externamente lo que ya habían asimilado los indios; además, se aprovecharon para seguir administrando los sacramentos de confesión y penitencia. De igual forma, para festejar estas celebraciones eran clásicas las procesiones de sangre y luz, donde además de conmemorar la historia de Cristo o la Virgen, indios y españoles desfilaban de la Iglesia de un pueblo a la Iglesia de otro pueblo, en busca de más personas que aún no formaban parte de las prácticas religiosas.

Las fiestas en el ámbito social, fueron aquellas que unían el rigor evangélico con lo festivo, la presteza de los indios para ambientar festejos y la participación colectiva de su parte mostraba su lado ávido y sensible a los espectáculos exteriores, situación que benefició a los misioneros para acrecentar en fieles e infieles, la devoción y el respeto hacia esas celebraciones cristianas.

Tal fue el caso de la Navidad, la cual se acostumbra a celebrar desde la noche anterior, aquí me remito al caso sucedido en la misión de los indios tepeguanos, quienes a pesar de mostrar resistencia a las nuevas creencias, después de presenciar la celebración en Nochebuena de sus vecinos los tarascos, se mostraron más animados para recibir la nueva religión y ser bautizados.

Quisieron estos [los indios tarascos] celebrar la primera Nochebuena del nacimiento de nuestro redentor; y trazaron una devota representación de los pastores que vinieron a adorar al Niño Dios; tan concertada, que admiraban los presentes. Aparecieron en la Iglesia con vestidos de pastores en que entraban algunos viejos, que no suelen ser fáciles para semejantes entretenimientos de mozos.⁹⁷

Esta fiesta animó más a los indios niños y jóvenes aunque no se descarta la presencia de los ancianos como Pérez de Ribas relata; la celebración de Navidad continuaba al día siguiente con una procesión donde los indios más experimentados en la cristiandad bailaban y cantaban alegres adorando a una imagen del niño Dios con la Virgen, después de haber escuchado misa con música y cantos.

Otra más fue la fiesta de los Santos Inocentes, ésta era una festividad exclusiva para los más pequeños de los pueblos. En esta celebración, los misioneros convocaban a los indios menores de siete años para que dedicaran un tiempo especial en el patio de la iglesia cantando y rezando la doctrina, a la vez de celebrarles un banquete tan grande de donde podían compartir comida con su familia.

Para acrecentar la devoción de niños, que es la cosecha principal de estas nuevas Cristiandades, introdujeron los padres que se les hiciese una fiesta propia que se celebraba el día de los Santos Inocentes, y quedó entablada para cada año. En ella después de la misa, se les hace convite y se les da una comida en el patio de la Iglesia; [...]. Los padres carnales quedaban admirados, y los hijos aprendían excelentemente la doctrina de Cristo. Medios todos, que inventan el celo santo de estos varones apostólicos [...] para ganar estas almas.⁹⁸

Por último, en el ámbito político, se celebraron las llamadas fiestas principales o patronales con las que se dedicaba a Dios y a un santo patrono la Iglesia del pueblo, una vez terminada de construir. Estas fiestas eran anuales y fueron sumamente importantes para manifestar exteriormente el arraigo del nuevo culto religioso, se veneraba a un santo titular de la Iglesia con el que se le daba identidad al pueblo. Esta celebración no sólo acarrió la

⁹⁷ *Ibid* p. 589.

⁹⁸ *Ibid* p. 683.

sustitución de las antiguas deidades por santos y vírgenes, sino que asentó la cristiandad y la aceptación del nuevo orden político, puesto que exclusivamente en estas fiestas se acostumbraba a recibir con adornos y regocijos a los virreyes o gobernadores, quienes sólo iban a asegurar su autoridad y el buen funcionamiento de los pueblos cristianizados.

Todas las fiestas, en general, fueron prácticas fundamentales para la transformación social de las tierras del noroeste novohispano, éstas sirvieron para la integración gradual de los indios con las ideas y normas de la nueva religión, donde claramente se mezcló lo tradicional de las celebraciones cristianas con los jolgorios de los ritos indígenas.

Los sacramentos, las iglesias y las fiestas parecen haber sido los tres medios más efectivos con los cuales se reguló moralmente cada acción de los indios y se luchó por la estabilidad del nuevo comportamiento social. No obstante, es imposible alcanzar los objetivos de esta investigación sin puntualizar la acción educativa de ciertos personajes quienes dentro de la nueva convivencia favorecieron en diversos grados la educación informal de los indios.

Capítulo 4. Una nueva socialización.

Edificar la Iglesia en un pueblo ya era de por sí una prueba de avance y eficiencia del sistema misionero; el creciente número de bautizos y confesiones, aunado a la celebración de fiestas según el calendario litúrgico, demostró el progreso en la enseñanza que los misioneros impartían por medio del ejemplo, sus catecismos, sermones y prácticas públicas, masivas y rutinarias. El congregar a los indios no sólo facilitaba su enseñanza sino que promovía las condiciones sociales para favorecer en los indios la asimilación de ideas cristianas a su conciencia y hábitos de comportamiento cristiano a su vida cotidiana.

En este trabajo de investigación, se consideran referentes teóricos que pertenecen a la disciplina sociológica, esto debido a que el peso atribuido a la sociedad es particularmente importante si se está hablando de educación informal. Durkheim subraya el rol de la vida en grupo para definir a la religión y Heller destaca la necesidad de la socialización para que el hombre particular “madure” para el mundo concreto, se apropie de él en medida de sus experiencias y con esto sea capaz de interiorizarlo y exteriorizarlo a través de la participación activa en su cotidianidad.

Heller utiliza el verbo madurar análogamente al de aprender; por lo que en todo caso, la educación es un aspecto inherente al de socialización ya que en esa interacción de hombres particulares se enseñan y se aprenden los valores, las actitudes y el comportamiento considerado apropiado en el mundo concreto. La Compañía de Jesús, haciendo referencia exclusiva a sus misioneros, pensaban que la educación era un vehículo unificador de la población, por eso partieron desde los inicios del siglo XVII a las lejanas tierras del noroeste con los objetivos de congregar y adoctrinar a todos los indios y no sólo edificar

sus iglesias sino consolidarlas, es decir, lograr que las nuevas creencias, normas y valores perduraran para toda la vida. Desde su llegada, los misioneros entablaron nuevas dinámicas sociales entre los indios y españoles para que la interacción de unos con otros favoreciera su educación, así como las formas y el tiempo de ser adoctrinados.

4.1 Formas de enseñanza español-indio e indio-indio.

Los misioneros reunieron a muchos indios para predicarles los misterios de la fe y así asentar las prácticas del culto cristiano; algunos de ellos se apoyaron en su compañero jesuita para sosegar a los indios, otros en soldados, quienes imagino, con su sola presencia asustaban a algunos indios e incitaban a pelear a otros. Ese escenario conducía a un aprendizaje forzado en los indios, donde el español (soldado o sacerdote) era considerado como el poseedor del conocimiento capaz de salvarlos de toda ignorancia, visto por los nativos como un extraño que amenazaba con violentarlos si no se rendían ante la nueva religión.

Otros misioneros más, inmersos en la cultura indígena y conocedores de la convivencia en cada contexto, quisieron transformar esa convivencia hostil por una pacífica y amorosa donde el indio era tratado con igualdad; así, el misionero ganaba su respeto y admiración a tal grado de representar un padre cariñoso capaz de hablarles sobre cosas que despertaban su curiosidad o llamaban su atención porque iban de acuerdo a sus habilidades y gustos.

Los misioneros más que hacer aprender a los indios los conceptos y reglas de la nueva fe, los ayudaron a que ellos mismos los aprendieran desde su disposición por aprender y su desenvolvimiento entre iguales. Fue debido a esto que los misioneros no hicieron solos toda la labor evangelizadora, pues a lo largo de sus prácticas, utilizaron a su favor el oficio de

los tamatchianos así como la inteligencia, habilidad e influencia de algunos indios pequeños y jóvenes, para que fueran sus ayudantes. Así se dio el proceso de socialización para que las experiencias cristianas de cada quien se exteriorizaran en la convivencia con sus iguales (familias, vecinos, amigos, etc.) y así ayudarse a aprender las cosas de la nueva religión.

Iban dando los padres asiento a la doctrina en sus pueblos, poniendo tamatchianos y maestros de doctrina, mozos más aprovechados y de mejor natural, y más fieles que hallaban, que ya algunos de estos la habían aprendido para poder hacer oficio.⁹⁹

La confianza y rapidez que traía el ser enseñado por un igual, se convirtió en una forma de enseñanza entre indios que favorecía la asimilación de la doctrina cristiana desde un nivel íntimo y comunitario típico de una educación informal. Tengamos en cuenta que esta modalidad de educación es aquella presente a lo largo de toda la vida por desarrollarse en el entorno del individuo y ser constante en la transmisión de conocimientos y actitudes a través de las diversas estructuras sociales que conforman a la sociedad.

Los misioneros promovían esta enseñanza entre iguales según la condición de los indios que enseñaban y la situación de los indios que aprendían; “en algunos pueblos [principalmente en los casos de enfermedad...] pedían a los padres algún indio, o muchacho que supiese bien la doctrina cristiana y se la enseñase”;¹⁰⁰ en otras situaciones los niños eran quienes con su inocencia y facilidad para aprender las creencias cristianas, por medio de juegos enseñaban a sus amigos o parientes de la misma edad oraciones o nociones fundamentales de la doctrina cristiana. Similarmente, se encuentran la enseñanza

⁹⁹ *Ibid* p. 588.

¹⁰⁰ *Ibid* p. 95.

de indios habitantes de un pueblo a indios de otro pueblo durante la celebración de fiestas como hicieron los tarascos a los tepeguanos en Nochebuena mencionada anteriormente.

También se considera el acompañamiento que algunos indios del noroeste hacían con los misioneros cuando éstos realizaban algún viaje circular a la capital de la Nueva España, el propósito de estos viajes era la observación indígena de la conversión de otros indios para que quisieran igualarlos en su pueblo. Conviene destacar que el acompañamiento de misioneros con indígenas, también sirvió como evidencia de las conversiones realizadas al noroeste.

Quando fue el padre [Gonzalo de Tapia], llevó consigo algunos indios naturales, para que el virrey y los padres de México viesen la muestra de aquellas nuevas y nunca vistas gentes que recibían el Evangelio, y también para que ellos vieran la cristiandad de otras nuevas populosas y ricas que adornaban por Dios al Señor crucificado que les predicaban los padres, y vueltos a su tierra pudieran referir a sus naciones, escondidas en Sinaloa, lo que habían visto.¹⁰¹

4.2 Papel de los personajes destacados en el proceso educativo de la convivencia cotidiana.

La enseñanza entre iguales en las misiones del noroeste fue similar al sistema de tutoría que los jesuitas llevaron a cabo dentro de sus colegios, pues se hacían ayudar de los indios más adelantados en el conocimiento de la fe para educar a todos sin excepción alguna y en el menor tiempo posible; además, los indios vivían en constante competencia por tratar de ser mejores que sus vecinos o amigos y así poder sobresalir en la comunidad, ya fuere con su habilidad cognitiva o con su obediencia a las nuevas reglas. Aunque los misioneros querían incluir a todos los indios de los nuevos pueblos por igual, no existió exactamente igualdad entre unos y otros; seleccionaban entre miles a muy pocos indios, principalmente hijos de

¹⁰¹ *Ibid* p. 45.

indios caciques para ser criados desde pequeños durante misas y en conventos, siempre muy cercanos a los sacerdotes.

Los misioneros sacaban provecho al educar a estos indios para ganarse el cariño de sus padres. Los indios eran puestos de ejemplo en misas frente a todos los asistentes, situación que era de sumo gusto y admiración para su familia, quienes al verlos tan participativos y avanzados en los conocimientos y el comportamiento de la nueva religión, comenzaron a tratar a los misioneros con respeto y cariño; similarmente se aprovechó ese adoctrinamiento público para incitar a los demás indios a superarse, avanzar en su aprendizaje y así poder ser elegidos en otra oportunidad.

Para el buen funcionamiento de las nuevas costumbres y en sí de la consolidación de la Iglesia en presencia y ausencia de los misioneros, se delegaron funciones importantes a dichos indios para que sirvieran como sacristanes o fiscales cristianos. El papel que se les atribuía dependía de la edad de los indios, su conocimiento sobre la fe y, sobre todo, la responsabilidad y la obediencia demostradas dentro de la Iglesia.

Los indios sacristanes tenían como tarea principal cuidar la Iglesia, mantenerla limpia, y decorarla en caso de que alguna fiesta estuviera cerca a celebrarse. También, durante las misas llevaban una vestimenta especial, participaban activamente recolectando limosnas, cargando velas o cruces, tocando campanas o incluso algunos llegaban a decir el sermón, particularidad que asombraba a los presentes haciéndolos adeptos a lo que se predicaba por haberlo escuchado de su igual. Estos indios eran instruidos en la música y el canto en los seminarios, por ser los principales cantores en el coro o los que tocaban instrumentos.

Por otro lado, estaban los fiscales cristianos quienes eran los indios de más confianza para los misioneros, su papel era realmente importante por tener la tarea de vigilar la vida moral y religiosa de sus pueblos. Eran seleccionados tres o cuatro fiscales por cada pueblo quienes se encargaban de reunir a todos los indios de su barrio para asistir a misa; del mismo modo, durante las misas rondaban el patio de la iglesia para evitar ruidos y asegurarse de que todos estuvieran escuchando el sermón atentamente y se arrodillaran en los momentos indicados. Además, fungieron como los informantes principales de los misioneros:

Éstos tienen cargo de avisar al padre de todo lo que pertenece a la Iglesia: casamientos que quieren contraer cristianos, bautismos de los que nacen, fiestas que se celebran, enfermos que tienen necesidad de sacramentos, acompañan al padre en el pueblo, o por el camino, cuando es necesario ir a otro a administrarlos, denle aviso si se ofrece pecado público, o escandaloso contra la ley o costumbres cristianas.¹⁰²

Así pues, se encargaron de denunciar algún acto que fuera en contra de la Iglesia católica y fomentara creencias paganas. Indudablemente, se requería fidelidad, honestidad y obediencia para ser un fiscal cristiano, pues muchas veces descubrían a sus iguales con tal de cumplir con sus tareas.

La selección que realizaron los misioneros de sus ayudantes dependía mucho de quien tuviera autoridad y facilidad para reunir a los indios y servir de ejemplo a seguir, era posible que los indios talentosos pertenecientes a clases bajas llegaran a pertenecer al coro o convertirse en sacristanes para ayudar en las misas, dependiendo de los conocimientos que tuvieran sobre la fe; no obstante, era muy difícil que éstos llegaran a ser fiscales cristianos por ser un papel privilegiado para los hijos de indios caciques quienes según el

¹⁰² *Ibid* p. 339.

orden social debían aprender a mandar a los demás, de hecho no se descarta la idea de que éstos abusaban a veces de los indios de clase más baja.¹⁰³

4.3 Grados de apropiación de nuevas costumbres (físicos, mentales y afectivos).

A pesar de que en el noroeste no existía tanta diversidad de castas como en la capital de la Nueva España, la enseñanza de la doctrina cristiana con la gran cantidad de indios en cada pueblo involucraba desigualdad social e inferioridad de unos respecto a otros, como Pilar Gonzalbo lo declara: “la moral cristiana se convertía en fundamento unificador, que a todos obligaba por igual, pero que a unos concedía privilegios y a otros cargaba de obligaciones”.¹⁰⁴

Parecido a las tradiciones practicadas antes de la llegada de los jesuitas, los indios comenzaron a ser separados y educados de acuerdo a su edad y su clase social; mientras los hijos de caciques recibían más instrucción por ser autoridad en la comunidad, los indios “plebeyos” eran instruidos en los fundamentos básicos de la doctrina cristiana y oficios o tareas productivas que les enseñaba su lugar en la sociedad.

Con lo anterior, se puede asumir que aunque se educó en las mismas creencias y valores con miras a la creación de una comunidad, el proceso educativo que trajo consigo la socialización de los indios puso a funcionar un conjunto de mecanismos enfocados en mantener el orden social. Y como consecuencia, la apropiación interna y externa de las cosas de la nueva fe en los indígenas acarreó confusiones y apariencias. Solo a través del

¹⁰³ Cfr. Gonzalbo, Pilar, *Educación y colonización en la Nueva España 1521-1821*, México, Universidad Pedagógica Nacional, 2001, p. 34

¹⁰⁴ *Ibid* p. 74.

conocimiento que los misioneros tenían acerca de las antiguas creencias indígenas, pudieron desarraigarlas poco a poco y evitar que los indios parecieran cristianos en el exterior, pero sin aceptar en su interior los dogmas ni las prácticas impuestas características del culto cristiano.

Los misioneros sabían que no bastaba con bautizar y catequizar a los indios para alcanzar sus objetivos; tenían que penetrar hasta la intimidad y consciencia de todos, logrando un cambio en su mentalidad y su comportamiento, de ahí que el proceso educativo se llevara a cabo en el espacio de la vida cotidiana donde el seno familiar, la influencia de indios privilegiados, los evidentes actos solemnes donde todos estaban llamados a participar, el nuevo aspecto del espacio geográfico y la acción administrativa de los eclesiásticos iban formando la nueva rutina y las nuevas costumbres de los indios novohispanos.

Ventajosamente, los misioneros se encontraron con indios inteligentes, acostumbrados a regir su vida bajo una cosmovisión compleja que por fortuna involucraba la influencia de divinidades sobre todos los aspectos de su vida; los indios ya sabían de cultos, pues desde el nacimiento hasta la muerte, solían ofrendar y celebrar a sus múltiples dioses para pedirles favores o agradecerles alguna intercesión.

Con estos antecedentes los misioneros buscaron medios que impregnaran de cristianismo la vida de los indios; ellos no querían convertir a los indios en españoles, sino querían educarlos y adoctrinarlos según su capacidad y su condición para incorporarlos al modelo cristiano de vida occidental pero sin oportunidades reales de crecer y escalar en puestos civiles o sacerdotales. Fue así que los misioneros junto con sus ayudantes y los indios de todas edades, instruidos en los fundamentos de la doctrina cristiana, apoyados en el

contexto fueron dándole forma a una nueva cultura y un nuevo espíritu de convivencia apegado a la religión católica. Fue primordial el apoyo en indios más adelantados en costumbres cristianas para la mejor introducción de éstas y el modo de vivir la religión católica, en las misiones del noroeste.

Se debe advertir, que uno de los medios, que ayudó a la conversión y asiento de esta gente, fue el llevar algunos pobladores de naciones más políticas, y cristianas, que poblando y haciendo sus casas en las reducciones bárbaras y viviendo con ellos los que como indios son de su calidad; y por otra parte ya cristianos antiguos, y más ladinos en cosas de cristiandad.¹⁰⁵

El proceso educativo llevado a cabo en los indígenas, no involucró sólo el reemplazo del antiguo culto por el cristiano, sino que mostró mucha flexibilidad al conservar todo aquello que no representara una amenaza a la fe cristiana, como la pompa de las ceremonias religiosas, los ritos con música, cantos y bailes y elementos esenciales de la cosmovisión indígena, como la asistencia a templos para venerar a divinidades. Las tradiciones indígenas se mezclaron paulatinamente con las tradiciones españolas, los indios se apropiaron de la esencia religiosa de las situaciones cotidianas de tal forma que la formación de sus mentalidades colectivas, constituyó los cimientos de lo que sería la identidad de la nacionalidad mexicana basada en los preceptos y símbolos de la religión católica.

El cambio de costumbres de los pueblos del noroeste, significó para los misioneros la adopción de la nueva religión y la incorporación de los indios a la moral cristiana, sin embargo, es pertinente tomar en cuenta que fueron tantos indios y tantos pueblos congregados que seguramente fue necesario valerse de múltiples recursos, para el constante adoctrinamiento de los indios.

¹⁰⁵ Pérez de Ribas, Andrés, *Op. Cit.*, 1992, p. 688.

Lo esencial en la enseñanza de los preceptos y normas de la nueva religión para facilitar el aprendizaje y la apropiación de nociones y de prácticas en los indios, fue el protagonismo jesuítico atribuido a sus aprendices durante su proceso de formación. Recordemos que en sus colegios, los jesuitas eran mandados a tratar a sus estudiantes con respeto pero firmeza, lo que traía como consecuencia que los estudiantes formaran su propia personalidad de acuerdo al ideal de hombre: instruido en las letras, crítico y reflexivo y a la vez profundamente devoto.

Si bien en las misiones del noroeste no pasaba lo mismo que dentro de los colegios, pues el ejercicio intelectual establecido en la *Ratio*, nunca llegó a los pueblos del noroeste; la mayoría de los indios niños y jóvenes, así como todos los indios de mayor edad, jamás pisaron un colegio. En su lugar, fueron instruidos en los patios de las iglesias o en los conventos más cercanos a sus pueblos, siempre en lo más elemental de la doctrina para evitar que los indios reflexionaran o cuestionaran lo que se les decía.

La labor misionera jesuítica buscó la enseñanza informal a través de espacios cotidianos, entre familias y grupos sociales para que el cambio de costumbres se originara desde el ambiente inmediato de cada indio, facilitando una nueva socialización que manifestara la consolidación de la Iglesia y con ello la legitimación de la conquista.

Existe, empero, la posibilidad de que fuera tan grande la diferencia en la situación personal de cada indio frente a la nueva realidad, ocasionando que los misioneros dieran lugar a diversos medios para enseñar la doctrina e ir logrando la gradual asimilación de los pueblos a la nueva religión. Sin duda alguna, la apropiación de los indios al ambiente exterior (o el

mundo concreto en Heller) se fue dando en diversos grados, los cuales, en conjunto, constituyen la integración del ser, me refiero a lo físico, lo mental y lo afectivo.

El grado físico en la apropiación de las nuevas costumbres refiere a los medios destinados a promover un modo de vida cristiano que aseguraba la estabilidad de la sociedad y mantenía el orden en los grupos sociales de acuerdo a su rol social para hacer funcionar las creencias y normas católicas en la vida cotidiana; este grado físico de apropiación es lo que Pérez de Ribas denominaría como los progresos temporales (humanos y políticos), que propiciaron en los indios cambios radicales en su conducta y en su aspecto físico.

La entrega de ídolos o reliquias a sacerdotes para poder ser bautizados, la congregación de un gran número de indios para el asentamiento de los pueblos, la construcción de iglesias, el cambio de vestimenta para ser admitidos dentro de la Iglesia y las nuevas formas de convivencia necesarias para la realización de las nuevas actividades cotidianas llevaron a los pueblos indios a apropiarse de las nuevas costumbres desde el exterior, en un nivel notorio pero superficial, que todavía no involucraba la atribución de sentido por parte de los nativos sobre lo que pasaba a su alrededor.

Los indios por igual, se sometían a ese grado de apropiación por el simple hecho de notar que el ambiente ya no era como antes y la nueva convivencia requería actuar de manera diferente, si por el contrario, decidían demostrar resistencia al continuar con antiguos ritos o creencias, se arriesgaban a la intercesión de los soldados o su rezago social al ser señalados como “condenados o rebeldes movidos por el demonio”.

Por otra parte, la apariencia de los indios cambió de tal forma que era posible la distinción entre los cristianos y los no cristianos, los nombres que antes aludían a nombres de guerra

en lengua indígena ahora serían iguales a los de los apóstoles o los misioneros. Hombres y mujeres ahora vestirían según su condición social, es decir, los españoles llegaban a vestir armaduras y cargar espadas -especialmente si eran militares- y las mujeres lucían grandes vestidos; los indios caciques usaban ropaje elegante, mientras que los indios de más baja condición vestían con pantalones, camisas y vestidos hechos de mantas de algodón, huipiles y rebozos. Todo lo anterior no era más que un grado de apropiación externo que repentinamente encaminó a los indios a mirarse diferentes, re-organizar su mundo e insertarse en las nuevas formas de comportamiento.

El segundo grado de apropiación es el mental, en este nivel se encuentran todos los medios que conllevó la catequización de los indios y las técnicas de aprendizaje para la apropiación del contenido de la doctrina cristiana. Los misioneros declamaban sermones y pláticas en lengua indígena para asegurarse de que los indios entendieran lo que se les decía, las historias y sentencias tenían la intención de dar rienda suelta a la imaginación y crear imágenes mentales en los indios para que fueran familiarizándose conscientemente con las nociones fundamentales del evangelio.

Se realizó una elección de temáticas transmitidas en espacios cortos de tiempo para llevar a cabo una secuencia en la enseñanza de la doctrina, en busca de que los indios fueran capaces de reemplazar lo viejo con lo nuevo y, finalmente, se abrieran a las nuevas ideas religiosas. Era fundamental trabajar en la asociación indígena del contenido de la doctrina con actividades cotidianas, por ejemplo, asociar el sonido de la campana con la asistencia a la iglesia para escuchar misa, enseñar cantos a niños y niñas separados en dos círculos de acuerdo al sexo, así como oficios a los indios jóvenes y adultos, o la celebración de fiestas según la razón religiosa del festejo correspondiente.

Se ejercitó la memoria para el aprendizaje de oraciones, cantos y rezos del rosario incluso para recordar las fechas de las fiestas populares; para recibir los sacramentos, los indios debían de tener un grado de apropiación mental que derivaría en el examen de doctrina previo al bautizo o el examen de conciencia previo a la confesión.

Por último, se encuentra el grado de apropiación afectivo considerado como el nivel más profundo, perdurable y duradero. Los misioneros perseguían una educación que moviera el corazón de los indios, pues no sólo esperaban el cambio superficial de costumbres sino la interiorización individual de la fe que involucrara sus sentimientos y emociones.

A partir de esa apropiación se alcanzaría lo que denominamos como aprendizaje significativo, pues el indio comenzaría a darle sentido a las cosas de la nueva religión, se verían involucrados sus gustos, sus capacidades y sus necesidades afectivas; usaría los símbolos característicos de la religión católica atribuyéndoles valor sentimental convirtiéndolos en medios efectivos de expresión en función de su forma de ser. Situación favorable para la educación de los indios pues, se sentirían capaces de enseñar a su semejante, educar bajo las mismas ideas y principios a sus hijos o bien formar su vida en torno a la cosmovisión y costumbres cristianas desde pequeños.

Los misterios de la fe predicados en su lengua posibilitaban la empatía indígena con los preceptos de la doctrina cristiana. A la predicación se le añadían imágenes o estatuas de vírgenes y santos, éstas eran utilizadas para la comprensión efectiva de la doctrina, gracias a que despertaban emociones colectivas e impulsaban la moral cristiana.

Por otro lado, está el rosario, el cual fue un instrumento de gran devoción para los pueblos del noroeste pues ayudó a imprimirle fuerza afectiva a su adoctrinamiento. Los misioneros

con el afán de introducir y arraigar el uso de este sacramental, aconsejaban a los indios de llevar un rosario con ellos siempre que pudieran para estar a salvo de toda dificultad; para su sorpresa, los indios adoptaron este recurso con tal afecto y aprecio que se acostumbraron a rezar el rosario puntualmente.

El uso de esta dulce devoción de la madre de Dios, que tantos bienes ha traído [...] costumbre que les nace de la que tienen entablada sus pueblos, de rezarlo de comunidad los sábados en la tarde, en la Iglesia, entonando los tematchianos (que son los que cuidan la doctrina) y haciendo dos coros a parte: el uno, los varones: y el otro las mujeres.¹⁰⁶

Con el tiempo, el rosario se convirtió en un símbolo religioso que le dio identidad al indio cristiano; fue un elemento tan importante y significativo que los indios aprendices en el oficio de carpintería se dedicaron a labrar cientos de ellos para contribuir a la comunidad. Otros, sin que los misioneros intervinieran, usaron los rosarios como parte de su atuendo, para ir a la iglesia o para ser tendencia entre los demás: baste como ejemplo el caso de los indios chinipas en la provincia de Sinaloa donde se apropiaron eficientemente del uso del rosario que “en lugar de las galas que en su gentilidad traían al cuello, de caracolillos y conchas, ya traían todos el rosario de la virgen, que rezaban a coros en la Iglesia, en sus casas, caminos y milpas o sementeras”.¹⁰⁷

Algunos indios alcanzaron el grado afectivo de apropiación con la demostración de sentimientos durante sus horas de oración o confesión, hubo quienes mientras rezaban lloraban, otros que se confesaban con frecuencia exhibiendo dolor y arrepentimiento, algunos más participaban con ánimo en las procesiones y misas demostrando su disciplina en las nuevas costumbres y su emoción en las ceremonias religiosas. Los adornos en las iglesias y en las casas de los indios eran señal de la aceptación de las celebraciones y el

¹⁰⁶ *Ibid* p. 205.

¹⁰⁷ *Ibid* p. 273.

júbilo que ellas despertaban en los pueblos. Todo lo anterior, de una forma u otra, representó la asimilación indígena a la nueva realidad desde una perspectiva emocional, que fusionó los conceptos que mentalmente ya se aprendieron con su sentir como seres humanos en relación a su cosmovisión.

Los jesuitas usaron estos grados de apropiación tanto como se lo permitió el contexto en el que se encontraran para lograr que el cuerpo, la mente y el alma del indio se integraran educativamente y así llevar a cabo el nuevo modo de vida cristiano. Aunque la introducción de conceptos y prácticas fue constante durante toda la labor misionera en medida de los tres diferentes grados, no sería correcto generalizar que la apropiación de nuevas costumbres de todos los indios se alcanzó en los tres grados. En todo caso, el aprendizaje obtenido de la doctrina cristiana en cuanto a la integridad del indio dependió de la edad y sus vivencias al momento de ser evangelizados.

Sin menospreciar a aquellos que seguramente lograron aprendizajes significativos y concretos con cambios en su cuerpo, su mente y sus sentimientos, seguramente los indios más viejos se quedaron en el grado físico por mostrarse incapaces de cambiar costumbres y tradiciones que hasta la llegada de los jesuitas practicaron durante toda su vida; otro caso fue el de los indios jóvenes quienes por viveza y su habilidad innata para aprender alcanzaban fácilmente los grados físico y mental que les ayudaba a cumplir con las nuevas reglas y participar activamente en los oficios y ceremonias, para ellos era cuestión de tiempo y disciplina que alcanzaran cierto grado afectivo.

Un caso especial fue el de los niños indios, pues algunos de ellos tuvieron tiempo para ser adoctrinados y criados en seminarios y se les confiaba el ser maestros a veces de los más

grandes; por su inocencia y su poco conocimiento sobre las antiguas ceremonias fue sencillo que amoldaran sus vidas al nuevo modo de vida, bajo la cosmovisión cristiana.

Conclusiones.

A lo largo de este trabajo, experimenté lo que quizá todos los historiadores de la educación han experimentado alguna vez durante sus investigaciones, la preocupación por dar sustento científico y profesional al quehacer pedagógico, por lo que intenté en todo momento pensar la historia a partir del amplio esquema de aportes educativos de antaño, para estudiarlos y así comprender o aportar conocimientos a las ideas, las políticas o las instituciones educativas.

Sin embargo, entendí que no sólo se hace historia a partir de los grandes aportes educativos de antaño, sino que la historia en sí está plagada de procesos educativos que formaron las características y formas de comportamiento esenciales de las sociedades en el tiempo y que si nos detenemos a estudiarlos, por más mínimos que sean, llegan a ser grandes contribuciones para la Historia de la educación.

Particularmente, el periodo de la educación colonial ha sido estudiado principalmente por historiadores, quienes generalizan los aportes educativos de la Iglesia, por ser la primera institución encargada de educar y dirigir a las castas en tierras conquistadas con el legado religioso que hasta la fecha muestra señales de vida en nuestro país.

Puede que la evangelización sea recordada como el período en la historia de México cuyos procesos educativos llevados a cabo por las órdenes mendicantes estuvieron llenos de imposición y abusos causados por la mente ortodoxa de los misioneros y las alianzas políticas de la Iglesia con los colonizadores españoles. Lo cierto es que la evangelización se vivió en varias etapas las cuales fueron minimizando el trato violento y mejorando la calidad de enseñanza que conciliaría lo viejo con lo nuevo.

Con la llegada tardía de la Compañía de Jesús, la evangelización de los indios fue favorecida con el replanteamiento de métodos y estrategias que desencadenaron un adoctrinamiento refrescante, el cual reflejó a la Iglesia católica reformada y formó a los indios desde un paradigma humanista perteneciente a la época moderna.

La intervención educativa de los jesuitas en las partes del centro y sur de la Nueva España fue parecida a lo acontecido en el noroeste por tratarse de la misma institución sólida en bases teológicas y educativas; sin embargo, el caso del noroeste fue diferente por contar con los indios casi-nómadas más violentos de todo el territorio, que tardaron en su mayoría en incorporarse a la vida cristiana y específicamente por constituir un territorio completamente rural y alejado de la civilización.

Dicha estrategia tuvo desde el principio objetivos claros con miras a la reorganización de la cosmovisión y la convivencia cristiana de los pueblos; los misioneros utilizaron su método de los ejercicios espirituales como guía de su actividad misionera casi como un currículum, claro que de versión elemental; se valieron de los conocimientos previos de los indios para identificar las analogías de la cosmovisión indígena e introducir a partir de ellas los principios de la doctrina cristiana; se usaron recursos expresivos y materiales que reforzaron lo transmitido y mantuvieron cautivados a los indios en la nueva fe y evaluaron a los indios a través de exámenes orales pero también por medio de la observación de sus acciones rutinarias.

Un aspecto a destacar fue la creación de nuevos vínculos sociales que permitieron que los procesos educativos se dieran mutuamente, los indios aprendieron de los misioneros tanto como los misioneros de los indios. Ambos actores educativos fortalecieron las situaciones

educativas que se llevaron a cabo en la vida cotidiana, la migración de indios a otros lugares favoreció el reconocimiento nativo de la extensión de su territorio además de notar la extensión de las nuevas creencias entre sus iguales.

Sin embargo, también tuvieron debilidades como que las niñas y mujeres no destacaran y se mostraran rezagadas de la educación o que todas sus actividades que en principio fueron innovadoras con el tiempo exageraron de ser repetitivas y comenzaron a ser aburridas, causando así desvíos en objetivos religiosos.

Observar los elementos educativos de la evangelización desde un enfoque completamente informal, demuestra que los indios –no en su totalidad- aprendieron de las nuevas creencias participando en ellas, las situaciones de enseñanza-aprendizaje creadas en el ambiente no fueron totalmente violentas como se piensa, pues los indios pusieron mucho de su estilo y emoción al vivir su nueva vida cristiana. A pesar de que los relatos del misionero Andrés Pérez de Ribas son amplios y detallados, no se deja de considerar solo su perspectiva en todo el proceso de evangelización de las misiones del noroeste, por lo que se perciben etiquetas negativas de todas las costumbres indígenas antes de la llegada del evangelio. Sería pertinente, considerar otras perspectivas y no apegarnos únicamente a lo que este misionero cuenta en su *Historia*.

La educación que recibieron los indios del noroeste novohispano más que demostrar la inmensa capacidad de los jesuitas por convencer a cualquiera de su cosmovisión y educarlos con tanta intensidad para lograr objetivos formativos, resalta la importancia que tuvo la religión en la educación de los indios. El hombre en sí, ya sea un indio tepeguano del siglo XVII o un mexicano en pleno siglo XXI, es un ser de creencias, de todo tipo pero

exclusivamente religiosas, que sin duda se adherirá a ellas si los preceptos de éstas dan respuestas concretas a las preguntas que pueda plantearse sobre el sentido de su vida.

En la época estudiada en este trabajo, los indios seguramente se llenaron de dudas al ser tratados como ignorantes e idólatras por el simple hecho de ser diferentes a sus colonizadores; supieron por su inteligencia y su adoctrinamiento que la apropiación de nuevas creencias y un estilo de vida más urbano les daría la respuesta concreta del por qué de la imposición de otra cosmovisión que sucedía a su alrededor sin realmente estar seguros de lo que pasaba, quizá podemos considerar que en el peor de los casos algunos se quedaron esperando a que sus dioses regresaran a salvarlos.

Los misioneros, por su parte, sin saber que estaban poniendo las bases de una educación informal en el noroeste que transformaría las estructuras sociales y los acercaría a la religión católica; partieron de poner el ejemplo para inyectar de caridad y sentimientos esperanzadores a las personas sin perder la rigurosidad de su instrucción y manteniendo un rol de aculturación capaz de cambiar las creencias, costumbres y valores de los indios a través de la voluntad; con la religión más que formar juicios teóricos, los misioneros se encargaron de formar juicios prácticos que fueran capaces de elevar y mejorar la convivencia colectiva y la personalidad individual.

Las creencias, pues, se han transmitido de generación en generación desde hace años debido a que están inmersas en el centro de la dimensión humana; aunque deriven de principios cognitivos, dependen en gran parte de los sentimientos y nuestra voluntad de creer, es decir la fe. La relatividad de las creencias ha moldeado la educación de épocas y lugares por lo que considero deben ser objeto de estudio educativo.

En la actualidad, la educación trata de formar individuos racionales que estén listos para enfrentar y resolver los problemas actuales, dejando de lado sus dimensiones afectiva y espiritual; es por esto que quizá, la educación en creencias puede que sea la base de un proceso educativo trascendente el cual dé respuestas concretas al sentido del por qué educar y para qué educar, buscando siempre el bienestar de la sociedad basados en la convivencia y no en la competencia.

En lo personal la elaboración de este trabajo me deja una gran satisfacción por ser la culminación de una etapa de mi vida la cual ha forjado mi forma de ser. Al estudiar las funciones humanas desempeñadas a partir de la religión durante la época colonial, aprendí a cuestionar hechos que al principio parecen insignificantes pero resultan ser importantes para la consideración integral de la educación. Fue por eso que decidí seguir mi curiosidad y aventurarme a escribir sobre algo no convencional, pero esencial del ser humano por sus múltiples dimensiones.

Como pedagoga, analizo y critico todo aspecto o acontecimiento desde una perspectiva educativa, donde lo concerniente a la educación siempre figura en mi centro de interés. Esta investigación me hizo notar la importancia de perseguir la educación integral de los individuos por medio de métodos educativos que permitan al ser humano acercarse al descubrimiento de su personalidad o el sentido de su existencia, así se estarán tomando en cuenta los razonamientos, las conductas y los sentimientos de los individuos durante todo su proceso educativo.

Fuentes consultadas.

ACOSTA CARRILLO, Mónica Paola, *Historiografía jesuítica sobre el noroeste novohispano: la visión misionera de Andrés Pérez de Ribas*, Tesis de Licenciatura en Historia, UNAM, México, 2013, pp. 130.

AGUIRRE LORA, Maria Esther, *Rostros históricos de la educación. Miradas, estilos, recuerdos*. México, UNAM, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 328.

BERNABÉU, Salvador, “La invención del Gran Norte ignaciano: la historiografía sobre la Compañía de Jesús entre dos centenarios (1992-2006)”,

<http://digital.csic.es/bitstream/10261/31673/1/El%20Gran%20Norte%20ignaciano-Bernabeu.pdf>
(Consultado 16 de abril del 2016).

CÁRDENAS MARTÍNEZ, Citlali, *La política educativa jesuita en la capital de la Nueva España durante los años 1572-1767*. Tesis de Licenciatura en Pedagogía, UNAM, México, 2008, pp. 112.

CARR, Edward, *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, Ariel, 1961, pp. 212.

CORONEL HIGUERA, Elisa Idalia, *Experiencias femeninas en la frontera: la incidencia de la violencia en la conformación de una cultura de género fronteriza en el septentrión novohispano, Sonora, siglos XVII y XVIII*, Tesis de Maestría en Historia y Etnohistoria, INAH, México, 2012, pp. 140.

CUADRADO ESCLAPEZ, Toni, *La enseñanza que no se ve: educación informal en el siglo XXI*, Madrid, Marcea, 2008, pp. 151.

DEEDS, Susan M, *Cómo historiar con poca Historia y menos Arqueología: clasificación de los acaxeos, xiximes, tepehuanes, tarahumaras y conchos*, Northern Arizona University, Estados Unidos, <http://bivir.uacj.mx/Reserva/Documentos/rva2005124.pdf> (Consultado 12 de abril del 2016).

DURKHEIM, Emile, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza, 2014, pp. 672.

ESPINOSA VALDIVIA, Maria del Carmen, “La palabra conquistadora. Las crónicas jesuitas sobre el noroeste novohispano”, *Anales de Literatura Española Contemporánea*, n° 13, 1999, pp. 165-177.

FLORESCANO, Enrique, *La función social de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 368.

GÓMEZ PADILLA, Gabriel, “Las misiones del Noroeste. Otra visión de la educación jesuítica”, *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, n°1-2, vol. XXXVI, 2006, pp. 49-73.

GONZALBO AIZPURU, Pilar, (2013) *Educación, familia y vida cotidiana en México virreinal*, México, Colegio de México, 2013, pp. 159.

_____, *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, México, Colegio de México, 2009, pp. 304.

_____, *Educación y colonización en la Nueva España, 1521-1821*, México, Universidad Pedagógica Nacional, 2001, pp. 271.

_____, *Historia de la educación en la época colonial: la educación de los criollos y la vida urbana*, México, Colegio de México, 1990, pp. 395.

_____, *La educación popular de los jesuitas*, México, Universidad Iberoamericana, 1989, pp. 247.

_____, “La influencia de la Compañía de Jesús en la sociedad novohispana del siglo XVI”, *Historia mexicana*, n° 126, vol. XXXII, octubre-diciembre, 1982, pp. 262-281.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, *El Oficio de historiar*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1999, pp. 399.

GONZÁLEZ NÚÑEZ, José, “Pérez de Ribas, una recapitulación analítica más allá de interpretaciones anacrónicas”

http://historia.uasnet.mx/rev_clio/Revista_clio/Revista21/10_Perez_Gonzalez.pdf (Consultado 14 de abril del 2016).

GRAGEDA BUSTAMANTE, Aarón; GENNANT JOST, Diana B, “Música y Danza entre los naturales, según las relaciones jesuíticas del noroeste novohispano, siglos XVII y XVIII”, *Revista de Estudios Etnográficos*, n° 6, 2014, pp. 85-99.

HAUSBERGER, Bernd, “La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noroeste novohispano”, *Estudios de Historia Novohispana*, México, UNAM, n° 17, 1997, pp. 63-106.

HELLER, Agnes, *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península, 2002, pp. 687.

_____. *Historia y vida cotidiana: aportación a la sociología socialista*, México, Grijalbo, 1972, pp.

PACHECO GARCÍA, Georgina, *Estudio sobre la relación del humanismo jesuita y la idea de identidad criolla de la Nueva España en la segunda mitad del siglo XVIII*, Tesis de Licenciatura en Filosofía, UNAM, México, 2013, pp. 133.

PAÍN, Abraham, *Educación informal: el potencial educativo de las situaciones cotidianas*, Buenos Aires, Nueva visión, 1992, pp. 224.

REFF, Daniel T., “Critical Introduction: the Historia and the jesuit discourse”, en *History of the Triumphs of our Holy Faith amongst the most barbarous and fierce peoples of the new world*, Tucson, The University of Arizona Press, 1999, pp. 11-46.

RICARD, Robert, *La conquista espiritual de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 416.

TANCK DE ESTRADA, Dorothy, *La Ilustración y la educación de la Nueva España*, México, Ediciones El Caballito, 1985, pp. 160.

TRILLA i BERNET, Jaume, *La educación informal*, Barcelona, Promociones y publicaciones universitarias, 1986, pp. 315.

Anexo 1

Reglas de las misiones jesuíticas*	
Primera	[...] estarán los nuestros de dos en dos, y con subordinación del uno al otro, ayudándose con fraterna caridad [...]. Y en caso [...] de que no pudieren estar acompañados, por lo menos dos que tuvieren sus partidos [...] más cercanos se concertarán para verse a tiempos [...] y comunicar las cosas de sus almas en esta santa soledad.
Segunda	Para que el acertado gobierno de estas empresas evangélicas [...] surta más prósperos efectos [...] se encarga a los nuestros que aunque no tienen presente a su Superior o Rector; con todo tengan recurso a él, para disponer con su licencia.
Tercera	Si en algún caso fuere necesario a los nuestros [...] ejecutar algún castigo a los indios, [...] tal castigo se ejecutará por medio de los que gobiernan el pueblo, como es el fiscal de la iglesia, o sus ministros, y procurando que el indio se haga capaz de su culpa.
Cuarta	Cuando en las tierras de estas naciones que administran los nuestros hubiere cercanos algunos reales de minas poblados de españoles, [...] los nuestros [a párrocos y curas] les podrán ayudar en nuestro ministerio; pero esto será con tal atención, que no hagan falta a sus [...] propios pueblos que tienen encargados en primer lugar.
Quinta	Con los españoles [...] y con los soldados de escoltas por razón de la cercanía de sus poblaciones pertenecen a nuestras doctrinas, [...] procurarán acudirles con toda caridad y benevolencia, así en lo espiritual de sus almas como en lo temporal cuanto fuere posible para que no le sean de molestia a los naturales.
Sexta	[...] en estas misiones [...] los padres [que] contienen varios pueblos procurarán andar en continua visita de ellos deteniéndose en cada lugar los días que pareciere conveniente. [...] Dejarán bien entablado con los fiscales de iglesia y tematchianos o maestros de doctrina que acuda la gente a ella [...], y para casos fortuitos [...] en ausencia del padre, se tendrá en cada pueblo persona industriada de más capacidad.
Séptima	“Tendrán cuidado los padres misioneros, de ir introduciendo en los cristianos [...] el uso de la sagrada comunión a sus tiempos disponiéndolos con particulares pláticas [...] de suerte que hagan la estima [...] de tan divino e importante sacramento.”
Octava	“[...] para el consuelo, y devoción de los pueblos [...] se procure en aquellos donde ha hecho más asiento la cristiandad [...] se pongan tabernáculos [donde] se coloque [...] el santísimo sacramento”.
Novena	“En el pueblo que fuese principal [...] se ponga cuidado en conservar los seminarios de indios [...] y den ejemplo de toda virtud en los demás pueblos”.

Décima	“Luego que entre de nuevo algún padre a alguna de estas misiones, ponga todo cuidado en aprender la lengua propia de la nación [...] medio importantísimo para predicar la palabra divina.”
Undécima	“Cuando llegare el superior de toda la misión a visitar [...] que habrá de ser una vez cada año [...] se le dará cuenta del estado [de la misión] [...] o cosa que pide remedio....”.
Duodécima	“...los nuestros deben exhortar e inducir a los indios que se hagan al trabajo [...] sin violencia, antes con blandura”.
Décimo tercera	“Lo que los indios o españoles, que en algunos de nuestros distritos están, ofrecieren los días de los finados [...] esto se aplicará a la Iglesia y a los que sirven en ella”.
Décimo cuarta	“Los padres que pertenecen a cada una de las misiones [...] se congregarán con su superior dos veces al año, [...] por tiempo de ocho días por lo menos [...]”.
Décimo quinta	“Cada uno de los padres [...] se ha de venir a recoger por tiempo de ocho días a tener los ejercicios de nuestro padre San Ignacio, para cumplir con la ordenación que de esto tenemos en la Compañía”.
Décimo sexta	“Cuando por falta de salud, o fuerzas para los trabajos de estas misiones, pareciere conveniente el dar la licencia, y para que juntamente su reverencia substituya otros en su lugar”.